

Lara Segade*

El lugar de la guerra.

Relatos de Malvinas en la cultura argentina (1982 - 2012)

“Después de una carnicería solo queda gente muerta que nada dice ni nada desea; todo queda silencioso para siempre. Solamente los pájaros cantan.

¿Y qué dicen los pájaros? Todo lo que se puede decir sobre una matanza; algo así como «¿Pío-pío-pi?»”

Kurt Vonnegut, *Matadero Cinco*.

En 1982, la guerra termina de enmarañar el nudo: agrega nuevas aristas a la ya compleja relación entre los argentinos y las islas Malvinas, así como a las formas de hablar de ese territorio sentido, a la vez, como distante y como propio. Por un lado, existen dificultades propias del relato de un episodio traumático que adquieren singularidad cuando ese episodio es, además, bélico¹. Se trata de limitaciones impuestas por la memoria, tanto individual como colectiva, que confluyen con las que provienen de un mundo en el que la épica como matriz narrativa ya no es accesible o lo es solo fragmentariamente. Por otro lado, en el caso de Malvinas, las propias características de la guerra y la posguerra contribuyeron con la dificultad, como veremos. Esta afirmación, sin embargo, a primera vista contrasta con la gran cantidad de relatos, de muy diversos tipos y procedencias, que se produjeron sobre el tema durante poco más de treinta años.

En efecto, en agosto de 1982, ya circula en fotocopias la primera novela de Malvinas, *Los pichiciegos*, de Rodolfo Fogwill, que según su autor fue escrita entre el 11 y el 17 de junio, y también se publican *Los chicos de la guerra*, un libro de entrevistas a soldados realizadas por el periodista Daniel Kon –que servirá como base a la película homónima de Bebe Kamin, estrenada en 1984–, y *Así lucharon*, una recopilación de testimonios de militares. Durante el mismo mes, además, el diario *Clarín* da a conocer el célebre poema de Jorge Luis Borges “Juan López y John Ward”, y Charly García graba el disco *Yendo de la cama al living*, que en general alude a la guerra y al fin de la dictadura, en especial con “No bombardeen Buenos Aires”. Así, tempranamente se revela el interés narrativo que Malvinas suscita tanto para su elaboración literaria y ficcional –novelas, cuentos, películas, poesías y,

* Lara Segade (Buenos Aires, 1981) es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, con una tesis llamada “La guerra en cuestión: relatos de Malvinas en la cultura argentina (1982-2012). Actualmente está desarrollando sus estudios posdoctorales con una beca de CONICET. Ha publicado artículos en diversas revistas académicas nacionales e internacionales.

¹ Muchos de los relatos de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto dan cuenta de esas dificultades. Piénsese, por ejemplo, en los trabajos de Primo Levi o Jorge Semprún o en el comic *Maus*, de Art Spiegelman, por citar solo unos pocos casos lo suficientemente diferentes entre sí como para que permitan vislumbrar la amplitud y la variedad del corpus. Por otra parte, fue a partir de ese episodio traumático que las ciencias sociales, la filosofía y también la teoría literaria comenzaron a preguntarse por las posibilidades de la memoria individual y colectiva, del testimonio y de la literatura de representar el horror.

en menor medida, canciones— como testimonial —sean testimonios de soldados conscriptos o de militares de carrera—. A estos discursos, que podríamos denominar “culturales”, hay que agregar una serie de prácticas de muy diverso tipo que también contribuyen a construir el relato, en sentido amplio, de la guerra de Malvinas: prácticas políticas, como los reclamos de soberanía en los tribunales internacionales o las medidas tomadas en relación con el pago de pensiones a los ex combatientes; conmemorativas, como la construcción del cenotafio en Plaza San Martín; jurídicas, como la realización —o no— de juicios o investigaciones oficiales; entre otras.

Tal contraste, entre un acontecimiento refractario a la narración y unas narraciones que proliferan, recuerda en parte aquel que señalaba Walter Benjamin respecto de los relatos de la Primera Guerra Mundial, cuando afirmaba que, entonces, los combatientes habían vuelto mudos del campo de batalla, “más pobres en cuanto experiencia comunicable”, a pesar de haber vivido “una de las experiencias más atroces de la historia universal”: “Y lo que diez años después se derramó en la avalancha de libros sobre la guerra era todo menos experiencia que mana de boca a oído” (2007: 125).

Aunque por otros motivos, en el caso de la guerra de Malvinas sucede algo similar: lo que menos aparece en esa “avalancha” de relatos es la propia guerra; esto es: aquellos hechos, situaciones y personajes que resultan una condición para la guerra, como lo son los combates, los enemigos, los héroes. Esto no significa que estos hechos o figuras no se incluyan nunca en estos relatos, pero no lo hacen predominantemente ni, mucho menos, marcan el tipo de representaciones de Malvinas.

Pero entonces, ¿de qué se habla cuando se habla de Malvinas? Hasta entrado el siglo XXI, como veremos, se habla de las islas, de su historia, de la usurpación inglesa, de la causa de soberanía, ilegítimamente apropiada por el gobierno de facto, pero no de la guerra que, en consecuencia, no encuentra su lugar en la historia argentina ni, más específicamente, en la historia de la relación de los argentinos con las islas.

Antes: las Malvinas

En 1869, José Hernández publica en su diario *El Río de la Plata* una carta descriptiva de las islas Malvinas escrita por el entonces Jefe de la Marina Nacional, Augusto Laserre. El interés de esa carta, afirma Laserre, reside en “la doble razón de ser ellas [las islas] propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños” (Hernández, 2006: 35). Con esas palabras, aparece una primera y certera definición de la forma paradójica que asumirá el vínculo entre la nación argentina y las islas Malvinas durante ciento cincuenta años. El hecho de describir por medio de una carta es en sí mismo significativo, puesto que el relato se inscribe como relato de viaje: es necesario recorrer grandes distancias para conocer lo que, pese a ser propio, está vedado a la vista.

En el texto que acompaña y enmarca la carta, Hernández se detiene en una reflexión sobre la dimensión política de ese vínculo entre la nación y las islas, al interpretar la pérdida de las Malvinas a manos de los ingleses como una consecuencia de los desórdenes internos. Como contrapartida, la recuperación promete la unidad y el orden².

² Baste recordar que 1833 es tanto el año de la pérdida de las Malvinas a manos inglesas como el año del ascenso de Juan Manuel de Rosas al poder.

Sobre todo porque Laserre confirma el valor y el potencial económico y estratégico de las islas. Sin embargo, eso no quita que también se descubran allí unas “soledades que espantan” y parajes en los que reina “un silencio nunca interrumpido” (Hernández, 2006: 53); descripción en la que resuenan las palabras que dedicara a las islas Charles Darwin, en su *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*: “una tierra ondulada, de aspecto desolado y triste” (2009: 256).

Una primera imagen ha comenzado a formarse de las islas Malvinas, la de una tierra desolada, una forma vacía: un desierto. Casi una “no imagen” que servirá, justamente en virtud de no ser nada en sí misma, para sostener argumentos opuestos. Uno, asociado a las palabras de Darwin, podría sintetizarse como: ¿para qué las quieren, si no son nada? En cambio, en 1910, Paul Groussac usará la imagen como prueba de que las islas se parecen a la Patagonia, lo cual constituye un argumento geográfico en favor de su pertenencia a la Argentina: “Todos, desde Darwin, han descrito el carácter desolado de este melancólico paisaje antártico, donde la tristeza de un cielo grávido y lluvioso se une a la desnudez de las cosas. Alternando con colinas de cuarcita y arenisca, extiéndense vastos eriales, sembrados de pantanos y turberas [...] La fauna, tan pobre como la flora, también se relaciona con la Patagonia” (Groussac, 1936: 13).

Por un lado, esta imagen remite a la del desierto, que casi un siglo atrás constituyó el horizonte territorial y político pero también cultural e imaginario de la nación que se estaba formando³. Por otro lado, parece haber algo en el hecho de que se trate de islas que colabora con la construcción de una imagen asociada al vacío: la facilidad de identificar siluetas en el mapa. Lo cerrado, casi claustrofóbico, de una isla se vuelve también, paradójicamente, abierto: a las más diversas interpretaciones o proyecciones.

También Groussac, por su parte, parece haber advertido un carácter extrañamente doble de las islas en las Malvinas. Su objetivo, al escribir *Les Îles Malouines* era proveer a los reclamos argentinos de soberanía sobre el archipiélago de fundamentos científicos, esto es geográficos e históricos. Sin embargo, a la hora de repasar la historia en busca de a quién corresponde el descubrimiento efectivo de las Malvinas, Groussac encuentra que, dado que sus fuentes son ante todo los relatos de viajes, el testimonio se ve plagado de errores, tal vez involuntarios, de ilusiones y sugerencias –la propia expectativa que crea su objeto– y hasta de abiertas falsificaciones e invenciones: distintas formas de lo que llama “extravíos de la imaginación”, que hacen surgir islas de cualquier parte de la mar brumosa. No solo las supuestas Malvinas sino también las Pepys, una tierra por completo imaginaria, doble fantasmal de las Malvinas, que seguiría siendo buscada incluso hasta avanzado el siglo XIX.

Así, la cuestión de la soberanía sobre las islas Malvinas, ya en 1910 se establece sobre la base de una tensión, no solo de los países que contraponen sus reclamos sino también discursiva. Una tensión entre la experiencia y la imaginación, entre la ciencia y la fantasía, entre el testimonio y la ficción: la imagen de las islas queda en el medio, tironeada por esas dos fuerzas. Y las islas, en su materialidad territorial, quedan tan lejos, son tan inaccesibles, que la tensión no se resuelve.

Ello no impide, sin embargo, que el de la soberanía sobre las islas Malvinas se constituya como uno de los reclamos fundamentales de la sociedad argentina, rasgo insoslayable, además, de la identidad nacional. Una serie de producciones culturales dan cuenta de esto durante los años que preceden a la guerra: el poema “La cautiva” –escrito en

³ Sobre los modos en que el desierto fue configurado como tal discursiva y en especial literariamente, véase *Un desierto para la nación* (Rodríguez, 2010).

1879 por Martín Coronado, en clara intertextualidad con el poema homónimo de Esteban Echeverría–, la “Marcha de las Malvinas” –compuesta por Carlos Obligado en 1941–, la canción “La hermanita perdida” – de 1971, con letra de Atahualpa Yupanqui y música de Ariel Ramírez–.

La guerra

Cuando en 1982 Leopoldo Galtieri decidió la invasión a Malvinas pensando que la recuperación sería sencilla y permitiría al gobierno dictatorial que él presidía perpetuarse en el poder, estaba utilizando una causa noble, muy cara al pueblo argentino, para un fin espurio: una “mancha de origen” de la que la guerra de Malvinas ya no podría liberarse. Para peor, la guerra se perdió y no por accidente ni destino sino porque no hubo preparación adecuada, logística ni estrategia, porque hubo grandes errores de apreciación basados en el exceso de confianza en la propia fuerza que más de seis años de “guerra ganada” en el frente interno habían provisto –tal la concepción de los propios mandos de Malvinas–, porque esa misma fuerza dirigida hacia el propio frente se siguió ejerciendo en las islas, bajo la forma de castigos físicos y hasta torturas.

Con el regreso de los primeros soldados, se comprobó lo que hasta entonces solo había circulado como rumor: que habían pasado hambre y frío, que en los kioscos de Río Gallegos se revendían los chocolates enviados a los soldados –alguien había encontrado una carta en uno–. Como destaca el historiador Federico Lorenz (2006), al estupor que sigue a toda derrota, se sumó la vergüenza. Por otra parte, los soldados fueron retenidos en los cuarteles durante un tiempo, hasta que estuvieran en condiciones de aparecer públicamente. Entonces, muchos de ellos relatan que fueron conminados a firmar un pacto de silencio respecto de lo que habían vivido en las islas.

Así es como la guerra termina de enmarañar el nudo que ya existía en la relación con las Malvinas. Sobre todo, lo que se dificulta es la representación, en cuanto se vuelve necesario hablar, ya no de “las” Malvinas sino de ese significante amplio, nudo en sí mismo, que es “Malvinas”. El resultado es un episodio bélico que, en función de las inflexiones peculiares que en cada momento adopta aquella “mancha de origen”, no puede contarse como tal y que, por lo tanto, no logra ser insertado en el relato de la historia nacional: ni relacionarse, por un lado, con el reclamo de soberanía –la “causa justa” de las Malvinas–; ni, por otro lado, hacia adelante, con el nuevo orden democrático.

Después I. Los años ochenta

A partir del 10 de diciembre de 1983, la democracia buscará asentar sus bases sobre un relato pacificador y marcar un corte tajante con la violencia del período precedente, por lo que resultará un mal contexto para la conmemoración de un hecho guerrero, que por otra parte era, precisamente, el que había posibilitado el retorno a la democracia. Y además, no parecía posible entonces recordar Malvinas sin de algún modo heroizar a los militares que habían estado al mando. Así, se va configurando el que será uno de los relatos predominantes de Malvinas a partir de 1983: el que busca desenmarañar el nudo separando la dictadura de la democracia. La cuestión Malvinas se divide en dos: por un lado, la causa diplomática, vinculada a la tradición democrática y, por el otro, la guerra, asociada a la dictadura, que es la que queda subsumida en el silencio. El problema principal lo representan quienes

estuvieron en las islas, en tanto desde su regreso al continente, se convirtieron en un signo de la guerra muy difícil de asimilar para el nuevo orden. En muchos casos, reivindicaban la guerra que habían peleado y aun cuando eran más ambiguos respecto de esta posición, las heridas en sus cuerpos, las mutilaciones y el daño psicológico se volvían pruebas irrefutables de la experiencia bélica. Además, en las manifestaciones muchos de ellos usaban los uniformes, lo cual a los ojos de la sociedad los ligaba al sector militar que, simultáneamente, estaba siendo juzgado y que, por otra parte, es desde el comienzo el que se apropia del relato bélico, lo cual se convierte en una nueva razón para que este ya no pueda aparecer en otras partes.

Situarlos a ellos también como víctimas del gobierno dictatorial comienza tempranamente a perfilarse como la única posibilidad para una sociedad que los había enviado a pelear como héroes y lo recibía ahora en medio del silencio y la vergüenza. En ese sentido, es posible rastrear cómo en los primeros años de la democracia se va construyendo un relato de Malvinas en el que los soldados son meras víctimas pasivas, carentes de agencia y a veces incluso de voz, y la guerra prácticamente no existe⁴. Ese relato, por su pregnancia y también por los rasgos de algunos de los sentidos que instaló, puede pensarse en relación con el que, simultáneamente, produce el *Nunca más* respecto de la dictadura.

En efecto, junto con el Juicio a las Juntas Militares (realizado durante 1985 por iniciativa del entonces presidente, Raúl Alfonsín), el informe presentado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (creada el 15 de diciembre de 1983 y presidida por Ernesto Sábató) constituye uno de los episodios centrales en la creación del nuevo orden democrático: los testimonios producidos frente a la CONADEP y frente al tribunal conforman la primera narración del terrorismo de estado. Como afirma el escritor Carlos Gamerro: “El *Nunca Más* fue el texto fundamental del período: un informe, cuyo fin principal era el de establecer la verdad de los hechos, pero también una colección de relatos, que funda un género discursivo: el *Decamerón* o *Las mil y una noches de los años oscuros*” (2010: en línea). La estructura narrativa que proponía ese relato es la que se conoció como “teoría de los dos demonios”: una explicación de la violencia política y la represión del período precedente basada en la idea de un enfrentamiento entre dos terrorismos, uno de izquierda y otro derecha. El comienzo del *Nunca más* es ilustrativo en este sentido: “Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda...” (CONADEP, 1995: 7). El resultado es la imagen de una sociedad ajena al enfrentamiento y, por tanto, víctima inocente que, durante los primeros años de la democracia, resulta funcional al impulso de dejar atrás el horror de la dictadura. En relación con esto, Pilar Calveiro, ella misma detenida durante la dictadura, destaca la configuración en estos relatos del desaparecido como víctima inocente y señala que hasta 1983 había permitido eludir la acusación de subversivos con la que se justificaba su exterminio; por otro lado, posibilitaba que los organismos de derechos humanos se

⁴ A menudo ha sido señalada la relación que existe entre la agencia narrativa, es decir, la asunción de la propia voz, y la posibilidad de constituirse como agente de la experiencia. En su libro *The soldiers' tale*, Samuel Hynes afirma: “humankind is not completely powerless so long as it has a voice” (2001: 270). Y en otra parte: “ningún hombre con un arma en la mano puede ser enteramente una víctima [...] Cada narrador se cree a sí mismo, hasta algún punto, un agente en su guerra personal, y los agentes no son víctimas” (1999: 219). Federico Lorenz, por su parte, retoma a Hynes para sostener que “la permanente apelación al ‘yo estuve ahí, yo puedo contarlo’ es una marca discursiva de una situación mucho más profunda: los ex soldados, aun cuando reproducen discursos que tienden a pasivizarlos, no se ven a sí mismos como víctimas, sino como protagonistas activos de su experiencia” (2005: 204).

constituyeran y actuaran en tanto defensores de la vida inocente. Una vez en democracia, en cambio,

el recurso a la figura de la víctima inocente fue parte del triunfo del proyecto militar, un triunfo armado pero también político e ideológico, que logró no solo la eliminación de una alternativa política específica sino la “desaparición” de la política misma, de su validez y sentido como práctica social colectiva. A su vez, al reivindicar al “inocente” apolítico como verdadera víctima, la sociedad se identificaba con él, como igualmente “inocente” y ajena al enfrentamiento, eludiendo así las diversas responsabilidades que le cabían en relación con la política de desaparición de personas. (Calveiro, 2007: 57)

Esta versión de los hechos tuvo su correlato en el marco de las políticas estatales en los pedidos de captura casi simultáneos de, por un lado, los líderes de las organizaciones guerrilleras y, por otro, de los integrantes de las tres primeras juntas militares. Más ampliamente, contribuyó a establecer y resaltar la diferencia radical entre el nuevo gobierno y la dictadura. Esa diferencia es una condición de posibilidad de los Juicios a las Juntas Militares, pero también un efecto: es allí, en la condena que el recién recuperado marco legal establece para quienes en el pasado se apartaron de él, donde esa diferencia se vuelve tangible. En la misma línea, “Nunca más”, el título del Informe elaborado por la CONADEP en 1984, se convirtió rápidamente en la consigna que trazaba la línea divisoria entre el pasado traumático y un futuro, más esperanzador.

El contexto de recepción y circulación de los testimonios sobre la guerra de Malvinas fue muy diferente, ya que se produjeron en el marco de investigaciones periodísticas privadas, amparadas en muchos casos en la iniciativa comercial de las editoriales, como es el caso del libro *Los chicos de la guerra* y editorial Galerna o el de *Así Lucharon*, de Carlos Túrolo y editorial Sudamericana. La diferencia no es menor. El contexto oficial otorga legitimidad a los testimonios que en él se brindan y los provee de un marco externo de fijación de, al menos, una verdad. En ese sentido, cabe resaltar que mientras el texto fundacional del relato de la dictadura proviene de una investigación oficial, el del relato de Malvinas proviene de una ficción: la película *Los chicos de la guerra*.

La única investigación oficial sobre Malvinas había sido promovida, todavía en dictadura, en primera instancia por la última Junta Militar –integrada por Cristino Nicolaides, Rubén Oscar Franco y Augusto Hughes– y luego por el presidente de facto Reynaldo Bignone, quien nombró a una comisión, presidida por el Teniente General Benjamín Rattenbach. El objetivo era determinar la responsabilidad en el desarrollo y el resultado de la guerra de los jefes militares y subalternos.

Ya en democracia, desde el ámbito gubernamental prima el silencio. Ante la incomodidad que representa Malvinas, el nuevo orden institucional reaccionó con las políticas conocidas como “desmalvinización”⁵. Entre ellas, por ejemplo, figura el decreto del gobierno de Raúl Alfonsín por el cual se trasladaba al 10 de junio el feriado nacional establecido para el 2 de abril por una ley de facto de 1983. El decreto, por medio del cambio

⁵ El concepto de “desmalvinización” lo acuñó el sociólogo francés Alain Rouquié en una entrevista que le hiciera Osvaldo Soriano para la revista *Humor* en marzo de 1983. Allí, Rouquié sostuvo: “Eso es muy importante: desmalvinizar. Porque para los militares las Malvinas serán siempre la oportunidad de recordar su existencia, su función y, un día, de rehabilitarse. Intentarán hacer olvidar la ‘guerra sucia’ contra la subversión y harán saber que ellos tuvieron una función evidente y manifiesta que es la defensa de la soberanía nacional (...) Malvinizar la política argentina agregará otra bomba de tiempo en la casa Rosada” (Lorenz, 2006: 141).

de fecha, recuperaba la historia de la instalación de Luis Vernet en las islas en 1829 y de ese modo buscaba separar la guerra de 1982 del reclamo histórico de soberanía; es decir, el ámbito de la ley del de la guerra. En efecto, el 10 de junio no se conmemora la guerra sino el “Día de la afirmación de los derechos argentinos sobre las Malvinas, Islas y Sector Antártico”.

Lógicamente, quienes más sufrieron este intento de desmilitarizar, devenido en desmalvinización, fueron los ex combatientes, puesto que ese silencio en que había caído la guerra significaba para ellos la imposibilidad de dar algún sentido, por medio de la narración, a la experiencia traumática. Al comienzo, todavía existe una tendencia de los soldados a contar la guerra de la que participaron. El relato de Daniel Terzano, *5000 adioses a Puerto Argentino*, publicado en 1985 se despliega en esa dirección, centrándose en el repliegue sobre Puerto Argentino durante los días finales de la guerra. El derrotero de esa subjetividad sustraída de su marco cotidiano y puesta en una guerra va apareciendo, en el relato, entremezclado con los episodios propiamente bélicos. Y en *Los chicos de la guerra*, primera recopilación de testimonios, que son en realidad una serie de entrevistas realizadas por el periodista Daniel Kon, esa tendencia narrativa se hace visible cuando los soldados manifiestan su voluntad de pelear y, sobre todo, cuando exhiben sus ganas de hablar de la guerra: de los combates, de las armas, de la posibilidad de morir y de matar. Sin embargo, esta tendencia choca constantemente con las preguntas con que el periodista interrumpe los relatos, cercenando lo que denomina anécdota en pos de extraer de allí una enseñanza. En muchos casos, Kon interrumpe a los soldados para reprenderlos cariñosamente, casi como un padre, por alguna de las conductas adoptadas durante la guerra o guiarlos en el camino para que por sí mismos se reencaucen. Las preguntas planteadas en esas intervenciones suelen girar en torno a la cuestión de la muerte –haber matado o, mayormente, haber temido morir– y, sobre todo, al hecho de si los soldados robaron comida estando en las islas. Así, por ejemplo, en la entrevista con Fabián tiene lugar el siguiente diálogo, a propósito de cómo resolvían el tema de la comida:

- Matábamos ovejas, o a veces tratábamos de conseguir, de otro modo...
- No te preocupes; otros chicos ya me contaron que iban a robar la comida.
- Ah, ¿te lo contaron? Bueno, sí, íbamos a robar a los depósitos. Ves, yo nunca habría imaginado que alguna vez iba a tener que robar; para mí eso siempre había sido algo horrible. Sin embargo, tuve que robar para poder sobrevivir. (Kon, 1984: 194)

Durante la entrevista con Juan Carlos, el paternalismo de Kon se ve reforzado por una interrupción de la madre, que apunta en la misma dirección que las del periodista: “Teníamos un brasero, y hasta le habíamos puesto luz eléctrica, porque habíamos *conseguido* 200 metros de cable, un portalámparas y una lámpara (*Aquí lo interrumpe la madre. “Juan, decí la palabra”, le dice*). Bueno, sí, habíamos robado el cable, el portalámparas y la lámpara en una planta potabilizadora de agua que estaba cerca” (Kon, 1984: 138). En este fragmento, la tipografía permite percibir con claridad el modo en que dos discursos diferentes confluyen en un mismo relato, uno que apunta a contar la anécdota, otro que apunta a utilizarla con fines moralizantes.

A Guillermo, entretanto, Kon le pregunta: “¿Pensás que algunas de las cosas que esta guerra las enseñó pueden resultar peligrosas, en el futuro, para algunos de ustedes? Aprendieron a robar, a mentir, a ocultar” (Kon, 1984: 27). Se ve, allí, cuál es la pregunta fundamental que subyace a la mayor parte de estas intervenciones del periodista: ¿cómo van

a integrarse estos jóvenes, marcados por la guerra, a la sociedad democrática? Las posibles huellas de la guerra representan un riesgo para la democracia, como manifiesta Kon en muchas de sus preguntas: “Otro peligro de esta posguerra es que ustedes, al haber aprendido durante la guerra tantas cosas (desde cuerear una oveja hasta enfrentar la muerte), sientan que, a pesar de su juventud, saben más que los demás, ya no tienen nada que aprender” (Kon, 1984: 43). Y en otra entrevista: “Otra preocupación de esta posguerra es cómo se van a adaptar ustedes a vivir en familia, a aceptar la autoridad de los padres, después de haber vivido experiencias que ellos desconocen” (Kon, 1984: 130).

Así, los sentidos que Kon introduce desde afuera con sus intervenciones se ligan al discurso pacificador que, como vimos, primó en los primeros años de la democracia y para el cual Malvinas representaba un problema. En el libro puede verse, todavía en proceso, la suerte de batalla discursiva que terminaría, poco después, con el triunfo del silencio sobre las voces de los soldados⁶. La estocada final llegaría, en 1984, con el estreno de la película *Los chicos de la guerra* y su gran éxito de taquilla. La película “borra” las escenas de combates contra los ingleses, las reflexiones en torno a la cuestión de matar y los posicionamientos de los soldados como agentes políticos de cara a la democracia que se viene, en favor de un relato sentimental, contado en términos individuales, en el que los “chicos” son ante todo víctimas de los adultos. Los elementos que, en los testimonios, apuntaban en una dirección contraria, son borrados en pos de hacer encajar a los soldados en el rol de víctimas que permitiría si no asimilarlos, al menos sí volver sus relatos digeribles. Es en ese sentido que afirmamos antes que la película operó de un modo similar al *Nunca Más* respecto de la dictadura, al proveer una de las estructuras con las que se narrará Malvinas durante unos años.

Entretanto, la primera novela sobre Malvinas, *Los pichiciegos*, de Rodolfo Fogwill, escrita mientras se libraban los últimos combates –según su autor, entre el 11 y el 17 de junio de 1982– tiene por protagonistas a un grupo de desertores y por escenario una cueva al margen del campo de batalla donde las relaciones fundamentales no son las de la guerra sino las del comercio y las identidades nacionales se ven a cada paso socavadas.

Algo similar sucede en las otras ficciones del período. En la mayor parte de ellas el centro del relato no está en la guerra (con la notable excepción del cuento de Carlos Gardini, “Primera línea”, un relato que abreva en la ciencia ficción para dar cuenta del horror de lo que la guerra hace con los cuerpos): está en un país africano inventado en *A sus plantas rendido un león*, de Osvaldo Soriano; en Buenos Aires –y el único que menciona la guerra es un japonés, que acaba de anotarse como voluntario– en *La causa justa*, de Osvaldo Lamborghini; en la vida de pueblo de un grupo de adolescentes en *Arde aún sobre los años*, de Fernando López.

Pero si *Los pichiciegos* se destaca es por el enorme poder disruptivo que tuvo, en la medida en que, al desplazar el relato de la guerra de Malvinas, estaba también oponiéndose a los discursos que, contemporáneamente, presentaban la guerra como un subproducto de la dictadura que nada tenía que ver con el presente democrático. En efecto, es posible leer en esta novela la idea de una continuidad entre dictadura y democracia, en la cual la guerra de Malvinas representa un puente. En una serie de artículos publicados durante 1984, Fogwill hizo referencia a estas mismas cuestiones, confrontando y denunciando el discurso pacifista

⁶ Es en este sentido que, en el primer artículo sobre la literatura de la guerra de Malvinas, se afirma que “la guerra de Malvinas, como toda guerra, constituye una confrontación de cuerpos, y a la vez, una confrontación de discursos” (Blanco et al., 1993: 82).

que primó durante la década del ochenta que configuraba a la sociedad como víctima, ajena a la violencia⁷. Así, por ejemplo, responde Fogwill a unas declaraciones del doctor Alberto Cormillot acerca de la inhumanidad de los torturadores⁸:

Pero –sucede– toda gorda en el fondo sigue siendo una gorda y algún día recae y vuelve a los dulces, a los hidratos de carbono, la celulitis y la fealdad, tal como toda sociedad puede volver a la picana, a los campos de concentración, a la monstruosidad inhumana, al pus de fondo. Habría que aniquilar las verdaderas causas de la gordura –de la aniquilación– y dejarse de ponerle *sucaryl* periodístico al sistema. Creer, como cualquier señora gorda, que los torturadores son inhumanos [...] es el menú para adelgazar conciencias que distribuyen hoy los medios que cantaban a los laureles eternos del orden y la paz mientras el país engordaba y se hinchaba de horror y de miseria... (Fogwill, 2008: 60)

Respecto de la masacre de Trelew, ocurrida en 1972, Fogwill afirma “que allí empezó la guerra sucia y no en 1976, como parecen creer los que quieren creer que ya está terminada” (Fogwill, 2008: 60). Entre esas continuidades, Fogwill destaca la de cierta terminología, una “herencia semántica” en la que se enmascaran las otras. Hablar de “desaparecidos” contribuye a igualar a todas las víctimas de la represión, borrando la diferencia entre las inocentes y las combatientes; del mismo modo, la expresión “dictadura militar” encubre la “dictadura oligárquico-financiera-multinacional que comenzó a montarse en 1974” y que se continuó bajo otras formas hasta alcanzar su máximo poder en la década del noventa (Fogwill, 2008: 70). Es, por tanto, en los modos de nombrar, es decir, en el uso de ciertas palabras y no en su prohibición, donde perduran e incluso se reproducen la violencia, la desigualdad y el caos en medio del orden y la paz de la primavera alfonsinista, que por este camino se revelan como meramente aparentes: “tal es la herencia del Proceso, verificada sin censura, sin persecuciones ni ‘listas negras’, con el sencillo recurso de una ‘lista blanca’ de temas y palabras que entusiasman a un público que, como siempre, necesita dormir entre los sueños que distribuye la cultura” (Fogwill, 2008: 65).

En 1987, Malvinas vuelve a ingresar en el discurso oficial, pero lo hace en coincidencia con el fin de la ilusión democrática. Entonces, comienza a hacerse visible el retroceso económico que culminará en 1989 con la crisis hiperinflacionaria. Por otra parte, se produce el levantamiento de Semana Santa: un grupo de militares que se niegan a comparecer ante los tribunales civiles para ser juzgados se subleva en Campo de Mayo entre el 15 y el 19 de abril. De la negociación con el presidente Raúl Alfonsín resulta la efectivización de la ley de Punto Final, por la cual se pone un límite a la presentación de cargos contra militares por crímenes de lesa humanidad durante la dictadura. Así, después de Semana Santa, decaen las esperanzas que durante los años anteriores habían alentado a amplios sectores de la sociedad respecto de la condena oficial a todos los responsables de la represión ilegal.

Es en el contexto del levantamiento que se produce el reingreso de Malvinas al discurso oficial, cuando Alfonsín, al dirigirse a la multitud reunida en la Plaza de Mayo, se refiere a los militares sublevados como “héroes de Malvinas”: “Compatriotas, ¡felices pascuas! Los

⁷ Casi todos estos artículos fueron originalmente publicados en la revista *El porteño*. Una menor cantidad de artículos se publicaron en el semanario *Primera plana*. Todos ellos fueron reunidos en 2008 por editorial Mansalva en *Los libros de la guerra*.

⁸ Alberto Cormillot (Buenos Aires, 1938) es un médico argentino especializado en temas de obesidad, que ha desarrollado gran parte de su carrera en los medios de comunicación, donde frecuentemente hizo declaraciones sobre temas de actualidad como la que Fogwill responde aquí.

hombres amotinados han depuesto su actitud. Como corresponde serán detenidos y sometidos a la Justicia. Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de Malvinas, que tomaron esta posición equivocada...”⁹. El episodio deja al descubierto que en 1987 siguen vigentes las dificultades que supone para el nuevo orden institucional asimilar Malvinas. Fundamentalmente, deja al descubierto que todavía no es posible nombrar la guerra, pues la guerra, igual que sus héroes, sigue estando estrechamente ligada a lo militar.

Después II. Los años noventa

Carlos Saúl Menem asumió la presidencia el 9 de julio de 1989, seis meses antes de lo pautado, en medio de un clima de debilidad política y descontrol de la economía, que se había comenzado a gestar en torno al año 1987 con el fin de la denominada “primavera democrática”. También en 1987, durante el levantamiento militar de Semana Santa, se había producido el reingreso de Malvinas en el discurso oficial, cuando el entonces Presidente Alfonsín había intentado reconciliar a la sociedad con los militares sublevados llamando a estos últimos “héroes de Malvinas”. El modo como Malvinas funciona durante la década del noventa comienza allí: se trata de una noción que permite incorporar a los militares al relato de la democracia. Como consecuencia de ese levantamiento, además, se acordaron las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, que pusieron fin a la etapa de juzgamiento de los militares involucrados en la represión ilegal. Pocos años después, los indultos promulgados por el presidente Carlos Saúl Menem, entre cuyos beneficiarios se encontraría Galtieri, terminan de clausurar el ciclo de la reparación judicial.

En 1990, una nota del diario *Clarín* describe un acto que tuvo lugar el 10 de junio, en ocasión de la conmemoración del “Día de la afirmación de los derechos argentinos sobre las Malvinas, Islas y Sector Antártico”. Allí se relata que los militares se sentaron en las bancas del congreso en un acto en que diputados cedieron sus lugares para la condecoración con medallas a todos los combatientes¹⁰. El hecho de que militares y políticos compartan el acto, realizado en la fecha de conmemoración oficial y, además, en un edificio que es símbolo de la vida democrática, marca una serie de diferencias respecto de la década anterior, que, en conjunto, suponen una reconciliación entre poder político y corporación militar.

Durante el gobierno de Menem, se ejecutan una serie de acciones que buscan reparar a los distintos sectores involucrados en la dictadura militar –tanto a las víctimas como a los victimarios– y en la guerra de Malvinas. La diversidad de estas acciones de carácter compensatorio da cuenta del espíritu de reconciliación general que alienta la memoria durante la década del noventa. Así, entre 1989 y 1991 se promulgan tanto los indultos a los represores que habían sido condenados por su participación en la represión ilegal como los decretos ligados a la reparación económica de los familiares de víctimas, de modo que la propuesta general supone una reconciliación por lo económico en desmedro de una reparación judicial. En el caso de Malvinas, también en estos años, en septiembre de 1990, se otorga una pensión vitalicia para los ex combatientes, pero que no está precedida por un proceso judicial. Por otra parte, se hace visible un espíritu conciliador, en el hecho de que los beneficiarios de la pensión fueron tanto conscriptos como militares.

Durante los dos gobiernos de Carlos Menem (1989-1999), se tomaron una serie de medidas ligadas a Malvinas como parte de las políticas de apertura del país a un mundo cada

⁹ *Clarín* 1987 (Buenos Aires) 20 de abril.

¹⁰ *Clarín* 1990 (Buenos Aires) 11 de junio.

vez más globalizado. Esta apertura se produjo sobre todo en relación con los flujos internacionales de comercio y de capitales, en base a una amplia confianza en el papel estabilizador de los mecanismos del mercado, y supuso, entre otras cosas, el fin del intervencionismo estatal, la privatización de la mayor parte de las empresas hasta entonces públicas y diversas modalidades de ajuste. En definitiva, la década se caracterizó por la consolidación del modelo económico neoliberal, cuyas bases había sentado, durante la dictadura, Martínez de Hoz¹¹.

La política exterior propiciada por el canciller Guido di Tella, que ejerció su cargo durante casi todo el gobierno menemista, se integró con este movimiento general y apuntó también en la dirección de una apertura, que redundó en un estrechamiento de las relaciones, sobre todo comerciales, de la Argentina con el resto del mundo, en especial con los países considerados “centrales”. En este marco, se reformula también la actitud argentina en relación con Malvinas: la causa de la soberanía es relegada en pos de una priorización de las relaciones comerciales. Fundamentalmente, se reanudaron las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, que habían sido interrumpidas en 1982: entre fines de 1989 y comienzos de 1990 se reabren las embajadas y se retoman los vínculos comerciales. Asimismo, se restablecen los vuelos a Malvinas. Entretanto, se busca encauzar los reclamos por la soberanía sobre las islas por una vía pacífica que no entorpezca las recién recuperadas vinculaciones comerciales; la serie de medidas destinadas a recuperar la simpatía de la población isleña se conoció como política de seducción e incluyó envíos de ositos de peluche y tarjetas navideñas. Aunque en 1990, el entonces Ministro de Defensa Humberto Romero justificó esta política al sostener que “los acercamientos con Gran Bretaña tienen por finalidad crear confianza para poder recuperar, como ya se está logrando, lo que es patrimonio de nuestro país”¹², algunos sectores de los ex combatientes la interpretaron como una continuación de la política de “desmalvinización” que había caracterizado al gobierno de Alfonsín.

Todas estas cuestiones se vuelven visibles en algunas de las decisiones tomadas respecto del Monumento a los Héroes de Malvinas, inaugurado el 24 de junio de 1990. Tras una serie de debates, se decide construirlo en Plaza San Martín: por un lado, se espera que, al tratarse de un lugar céntrico, la memoria de Malvinas y el duelo impliquen a todos los argentinos y no solo a quienes perdieron allí a sus seres queridos. Por el otro, se busca entroncar la gesta malvinense con la sanmartiniana, lo que tiene como correlato un borramiento de la otra línea posible en la que incluir la guerra: la de la represión ilegal de la que habían participado las mismas Fuerzas Armadas. En la misma dirección opera el hecho de que en el cenotafio estén inscriptos los nombres de todos los caídos, sin orden y, sobre todo, sin distinción de grado. Así, pues, el relato que construye el monumento elude uno de los problemas principales que acarrea la memoria de la guerra de Malvinas: el hecho de que recordar la guerra implique recordar, al mismo tiempo, a soldados conscriptos, que fueron enviados a pelear, y a los militares que en mayor o menor medida tenían responsabilidad en la dictadura.

¹¹ Esta es una de las continuidades que señalaba, casi premonitoriamente, *Los pichiciegos*. Incluso, en algunas entrevistas, Fogwill afirmó: “El menemismo está –en *Los Pichiciegos*–, en la imagen del turco. Aguante y merca, merca, merca. No tiene enemigos. Ese personaje es el que prefigura el menemismo” (Kohan, 2006: en línea).

¹² *Clarín* 1990 (Buenos Aires) 3 de abril.

En los hechos, tal elusión se integra en el marco de una aproximación mayor de los militares al Estado y a sus relatos. En ese marco, durante los años noventa se vuelve central la figura de Martín Balza, Jefe del Ejército durante la mayor parte del gobierno de Menem, que es símbolo de una reconciliación de la que participan muchos militares como él haciendo una autocrítica respecto de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura¹³. Para el crítico literario Miguel Dalmaroni, la autocrítica de Martín Balza se incluye en una serie de hechos que, a mediados de los noventa, permiten hablar de una “nueva fase de la posdictadura”, de la que forma parte también la aparición de nuevas formas de narrar el horror, con novelas que “procuran abrir la posibilidad de narrar refiriendo *por completo*, y de modo *directo*, los sucesos y acciones más atroces o *inenarrables*” (2004: 159)¹⁴. Esta nueva fase se caracteriza por un auge editorial de relatos testimoniales –entre los que se destaca *La voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós–en los que se observa el pasaje de la víctima al militante como personaje central. Pilar Calveiro se refiere también a este proceso: “Poco a poco, sobre todo con relatos autobiográficos, biográficos, novelas y películas esta figura del militante popular fue desplazando del centro de la memoria a la ‘víctima inocente’” (2007: 56). Pero este desplazamiento se apoya en la reparación económica y fundamentalmente legal que recibieron las víctimas durante los ochenta y principios de los noventa. Hugo Vezzetti, entretanto, sitúa estos relatos en un segundo momento de la memoria social en el que, ya fuera del marco judicial, no se pide al testimonio que sirva de prueba ni que se coloque en relación externa a una verdad; por el contrario, ahora los testimonios “buscan fundarse en la evidencia de lo vivido, en el peso de la primera persona, en una idea de ‘verdad’ sostenida en la fuerza de los vínculos y las convicciones personales” (Vezzetti, 2009: 29).

Como vimos, en el caso de Malvinas también los ex combatientes aparecieron en los relatos como víctimas inocentes del poder militar que los había enviado a pelear, lo cual les impidió, entre otras cosas, erigirse en sujetos activos de sus relatos y, antes que nada, de su experiencia. Sin embargo, esta configuración no se produjo en un marco judicial, de modo que la reparación económica de los noventa no se apoya en una reparación legal previa. En ese sentido, la nueva situación –la “reconciliación” entre poder político y militar y el hecho de que, como consecuencia, en los relatos estatales sobre la guerra, los militares ocupen lugares cada vez más destacados– no redundó en un auge ni en una reconfiguración de las narrativas testimoniales de la guerra, ni tampoco brindó a los soldados la posibilidad de elaborar narrativamente sus experiencias.

Esto puede constatararse en la importancia que adquieren, durante los años noventa, las instancias de “mediatización externa” en los relatos testimoniales, ya de por sí mucho más

¹³ El 25 de abril de 1995, el General Martín Balza se presentó en el programa televisivo Tiempo Nuevo, conducido por Bernardo Neustadt y leyó una declaración en la que reconocía la responsabilidad del ejército por violaciones sistemáticas de los derechos humanos durante la dictadura militar y ordenó a los soldados desobedecer las órdenes inmorales que pudieran dárseles en el futuro. Como consecuencia de la ampliación de estas declaraciones en 1998 y 1999 Balza fue expulsado del Círculo Militar.

¹⁴ Otros hechos que el autor destaca son: las leyes de impunidad y los indultos, una serie de relatos de fuerte impacto mediático –el testimonio en el Senado de Juan Carlos Rolón y Antonio Pernías, ex genocidas de la ESMA, las declaraciones televisivas de Adolfo Scilingo y la “autocrítica” de Martín Balza–, el vigésimo aniversario del golpe de Estado, que acrecentó la movilización social y cultural en torno al problema, un repentino interés del mercado editorial en los relatos y testimonios sobre la militancia de los años ‘70 y el surgimiento de la agrupación H.I.J.O.S.

escasos que en la década anterior y, como veremos, en la siguiente: escritores que colaboran en la escritura o en la edición, una cámara que digita la selección de las imágenes¹⁵.

Edgardo Esteban, soldado clase 62, cuenta su experiencia de la guerra en *Illuminados por el fuego*, un libro escrito en 1993 en colaboración con el poeta Gustavo Romero Borri. El libro, de muy escasa repercusión, fue reeditado sobre el final de la década como segunda parte de *Diario de un regreso*, texto en el que Esteban cuenta su regreso a Malvinas, un viaje producido para la televisión –con la velocidad y el efectismo de su lógica–. Entonces, la repercusión fue mayor.

Esto puede ligarse con el hecho de que precisamente durante esta década la televisión toma para sí importantes zonas de la vida cultural, a las que impone sus formatos y lenguajes. Incluso “la guerra misma ingresó a la categoría de espectáculo gracias a la intervención decisiva de la pantalla chica en la construcción del escenario de las batallas” (Quevedo, 2005: 202). En 1991, Jean Baudrillard parte de una idea similar para sostener la hipótesis, mucho más extrema, de que la guerra del Golfo Pérsico “no ha tenido lugar”. El principal argumento a favor de esta polémica lectura del conflicto fue que el exceso de virtualidad –por la puesta en información antes que en acto de la guerra, por las amenazas, por las estrategias de disuasión, por la televisación permanente– terminó por debilitar el acontecimiento. La televisión ocupa un lugar central en este proceso: la transmisión de “información en tiempo real”, situada en “un espacio completamente irreal” devela su función principal: “llenar el vacío, colmar el agujero de la pantalla del televisor a través del cual se esfuma la sustancia del acontecimiento” (Baudrillard, 1996: 22).

El simulacro, que Baudrillard propone como categoría central de la posmodernidad, resulta fundamental para pensar el relato de Malvinas durante la década del noventa, en especial la monumental novela *Las islas*, de Carlos Gamerro, publicada en 1998. La historia que allí se cuenta es la de Felipe Félix, un ex combatiente y hacker que, en 1992, no consigue recordar nada de la guerra, mientras a su alrededor sus compañeros no hacen otra cosa que simularla: en una lucha de Titanes en el Ring, en un combate con barquitos a pedal en los lagos de Palermo, en una maqueta de Puerto Argentino tal como era antes del bombardeo inglés del 1 de mayo. Sin embargo, al mismo tiempo que postula la idea de la simulación para pensar el modo en que se habla de Malvinas en los años noventa, la novela también discute con las ideas de Baudrillard, según las cuales el simulacro anularía la diferencia entre original y copia, como ha señalado oportunamente Martín Kohan (1999). Después de atravesar todos los simulacros imaginables, Félix conseguirá recordar. En efecto, la novela incluye dos capítulos –el 15 y el 16– en los que nada se simula, en los que no hay parodia, no hay risa ni deconstrucción: solo el drama crudo del recuerdo. Es posible hallar, en esos capítulos, escenas que también aparecen en relatos testimoniales¹⁶. Ello recuerda a algo que cuenta el propio Gamerro: para escribir su novela, entrevistó a algunos ex combatientes pero comprobó, reformulando a Walter Benjamin, que habían vuelto del campo de batalla “no mudos sino lacónicos”, es decir, “para comunicarse entre ellos, las palabras eran casi

¹⁵ Tal vez el caso más notable sea el de *Partes de guerra* (Cittadini y Speranza, 2007 [1997]), donde los autores realizan un montaje (un trabajo de fragmentación y reorganización) a partir de veinte relatos testimoniales prestados por soldados, oficiales y suboficiales, todos ellos destinados a las primeras líneas del conflicto. El resultado es un relato polifónico y cronológico de la guerra.

¹⁶ Por ejemplo, aquella tremendamente dramática en que los soldados argentinos, tras haber sido tomados prisioneros por los ingleses, son obligados a enterrar a sus propios compañeros muertos. La escena, relatada en *Las islas*, aparece casi idéntica en los relatos prestados por Fabián en *Los chicos de la guerra*, de Daniel Kon y Carlos Amato en *Malvinas, la primera línea*, de Juan Ayala.

innecesarias: lo mismo valían los silencios y los gestos”, en cambio, para hablar con otras personas las palabras resultaban insuficientes (Gamerro, 2010: en línea). Esto lo llevó a hacer un descubrimiento: “que la pobreza de la experiencia puede ser suplida por la riqueza de la imaginación y, sobre todo, por el trabajo de la escritura, que no siempre el que ha tenido la experiencia será el que mejor la cuente” (Gamerro, 2010: en línea). De eso se trata, pues, del “trabajo de la escritura”:

Suele decirse que para entender un período histórico, sobre todo si es traumático, se necesita dejar pasar el tiempo, a veces una o dos generaciones (o tres o cuatro, subirán la apuesta los interesados en que nunca suceda). Pero el tiempo no pasa solo, hay que hacerlo pasar: no es tiempo de espera sino de trabajo incesante. La distancia no se crea con silencio sino a fuerza de escritura. Si se dejan pasar treinta años a la espera de ese momento adecuado, estaremos, treinta años después, todavía al comienzo. Cada escritor se apoya en lo que han hecho los anteriores; porque lo han hecho, puede pasarse a una segunda etapa, o a una tercera. (Gamerro, 2010: en línea)

Aunque ese trabajo no es solo literario sino que atañe a todas las prácticas de la sociedad, en el caso de Malvinas, en que social y políticamente primó el silencio y los ex combatientes quedaron lacónicos ante las dificultades suplementarias que entrañó poner en palabras esta experiencia traumática, a la literatura le cabe un rol fundamental: la simulación literaria no es una mera copia sino la producción de un sentido, un camino hacia el recuerdo que se abre en el despliegue de aquello que el libro de Kon cercenaba¹⁷. Es decir, en esta novela, el original —el referente: la guerra— aparece *en* la copia o, más bien, es producido por ella. El simulacro, entonces, opera más bien a la manera deleuziana, como una máscara sobre otra máscara: juego de enmascaramientos sucesivos de la realidad y su simulación, de la guerra y sus relatos, donde se descubre, al final, que la guerra es indisociable de sus múltiples simulaciones, o, en otras palabras, de las múltiples formas en que se habla de ella¹⁸.

En estos años aparecen también otras obras, que siguen el camino inverso: lejos de producir desde la ficción sentidos nuevos que colaboren con la elaboración de un relato de la guerra de Malvinas, repiten los sentidos que justamente hicieron de la guerra un nudo irrepresentable. En la novela *Kelper*, de Raúl Vieytes, un thriller cuyos protagonistas son isleños y, sobre todo, en la película *Fuckland*, de José Luis Marqués, el enfrentamiento entre naciones se vuelve a contar como repetición idéntica de lo mismo: es decir, como trauma. *Fuckland* atribuye al isleño todo el odio, “olvidando” el odio que contienen las acciones propias, y “olvidando”, fundamentalmente, la guerra del 82. Aunque se postula como cine

¹⁷ Gamerro expuso algunas de estas ideas al analizar el rol que le cupo a *Los pichiciegos* y a Fogwill en la construcción de un relato de Malvinas. En una charla organizada por la Biblioteca Nacional con ocasión de la conmemoración de los 30 años de la guerra, Carlos Gamerro sostuvo que es curioso que frecuentemente en países con dictaduras o contextos de censura en algún momento se ponga en escritores el peso de decir la verdad. Pasó en Argentina en los ochenta, con Sabato, pasó con Vargas Llosa en Perú (en tiempos de Sendero Luminoso encabezó la comisión investigadora). El escritor se erige en figura que da credibilidad. Fogwill buscó escapar de ese lugar de credibilidad, de ese lado de la verdad tan difícil para un escritor y así sentó las bases para el lugar que ocuparía la literatura en el relato de Malvinas: el de la producción, eventualmente, de una verdad, la de la ficción, pero no de la verdad, avalada por el Estado.

¹⁸ Para Deleuze, “el simulacro no es una copia degradada; oculta una potencia positiva que niega *el original, la copia, el modelo y la reproducción*” (2005: 263). Esta negación de original y copia hace del simulacro *otra cosa*, diferente de ambas; en ese sentido, no se equipara a la negación del original por la proliferación de copias-simulacros que constituía el eje de la propuesta de Baudrillard. Fundamentalmente, el simulacro entraña “lo falso como potencia”, esto es, la producción de un efecto, que lo distingue de la apariencia o la ilusión.

“ficción/verdad”, la película no propone ficciones que interactúen con lo real en una mutua transformación, sino historias falsas que están en lugar de otra cosa, a la que, al no darle forma, dejan intacta. Nada nuevo puede producirse y la historia se repite igual: no solo se los términos de la invasión de 1982; sino también su resultado. Las islas vuelven a quedar en manos de los ingleses y el odio se reactualiza.

Después III. Los años dos mil

En el siglo XXI y, en especial, a partir de los aniversarios de 2007 y 2012, comienza a volverse posible hablar de la guerra sin soslayar sus relaciones con la dictadura, pero reivindicando, al mismo tiempo, su carácter de acontecimiento bélico. En ese marco, comienzan a aparecer, aunque todavía tímidamente, los héroes de Malvinas, que ya no son los héroes de los altos mandos que en los años anteriores habían poblado los testimonios de los militares, sino soldados. Como resultado de una serie de reconfiguraciones que se producen en esta década, el hecho de haber sido víctimas de la dictadura, lejos de obturar la heroicidad de los soldados, la potencia.

Los hechos ligados a esa reconfiguración son múltiples, pero fundamentalmente son de dos tipos: por un lado, la épica hace su aparición como modo de relato para la historia y la política. Ya sobre fines de los noventa, el militante popular había comenzado a reemplazar a la víctima inocente en los relatos autobiográficos, biográficos, novelas y películas. En esos relatos que tenían por objeto la militancia de los setenta –*La voluntad*, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, por ejemplo–, la épica comenzaba a aparecer como la matriz narrativa fundamental, desplazando a la matriz victimizadora. Durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, filiados políticamente con la militancia de los setenta y con el peronismo de izquierda, la épica comienza a ingresar en los relatos oficiales, no solo a la hora de hablar de la historia sino también de definirse, en el presente. Por otro lado, en estos años, y en el marco de unas nuevas políticas públicas en relación con la memoria y la justicia de la dictadura militar, se producen también una serie de hechos vinculados a Malvinas, tanto a la reactivación de los reclamos de soberanía en sede diplomática como a la construcción de una memoria y a la inclusión de la guerra en el relato de la historia nacional.

La renuncia del presidente Fernando de la Rúa en diciembre de 2001 fue el hecho institucional más destacado de una crisis a la vez política, económica y social con la que culminaba una década de neoliberalismo. El período que siguió fue, en lo inmediato, igualmente convulsionado: se sucedieron cinco presidentes hasta que, en 2003, resultó electo Néstor Kirchner. Esa fecha, ligada indisolublemente con el proceso que la antecedió, señala el comienzo de la recomposición política, institucional y económica, centrada en una intervención del estado que marcó una diferencia sustancial con las décadas anteriores.

El 24 de marzo de 2004, casi un año después de haber asumido su mandato, Néstor Kirchner ordenó, en su carácter de presidente y de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, descolgar los cuadros de Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone de la pared del Colegio Militar de El Palomar. El gesto –que se sumó a un pedido de perdón por los crímenes de la dictadura en nombre del Estado– dejó sentadas las bases de lo que constituiría, en los años siguientes, uno de los pilares del kirchnerismo: la política de derechos humanos. En este marco, tras la anulación, en 2003, de las leyes de obediencia debida y punto final, se reabren en el país las causas contra los militares acusados por violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura. Algunos de ellos ya habían sido condenados en los Juicios a las

Juntas Militares pero luego fueron beneficiados con los indultos durante el gobierno de Menem, de modo que volvían a comparecer ahora ante los tribunales. Incluso se llevaron a cabo algunas denominadas “megacausas”, en las que se juzgó a un elevado número de represores vinculados a un mismo centro clandestino de detención.

A diferencia de lo que había ocurrido en los ochenta, ni las condenas al accionar de los militares en el pasado ni la consecuente desmilitarización redundaron en un abandono de la causa Malvinas. Por el contrario, en su primer discurso como presidente, Néstor Kirchner sostuvo: “Venimos desde el sur de la Patria, de la tierra de la cultura malvinera y de los hielos continentales y sostendremos ineludiblemente nuestro reclamo de soberanía sobre las Islas Malvinas”¹⁹.

Por un lado, en efecto, fue relevante el hecho de que el matrimonio Kirchner proviniera de la provincia de Santa Cruz, pues la Patagonia siempre mantuvo con las islas Malvinas una relación de mayor proximidad que el resto del país: antes de la guerra existían fluidos contactos comerciales y humanos entre el continente y las islas; durante la guerra, las ciudades del litoral patagónico –como Río Gallegos, donde residían entonces Néstor y Cristina Kirchner– quedaron frente al campo de batalla y se convirtieron en bases de operaciones. La proximidad con la guerra era también, sobre todo, una proximidad con la muerte, que implicaba una conmoción mucho mayor.

Por otro lado, tanto Néstor como Cristina Kirchner se definieron en reiteradas oportunidades como “malvineros” también en relación con sus convicciones ideológicas. Ambos provenían de un sector del peronismo cuya tendencia nacionalista y popular entronca con una de las vertientes fundamentales que confluyeron en la conformación de la “causa Malvinas” durante el siglo XX²⁰. Con esa misma línea se vincula la acción conocida como “Operación Cóndor”, emprendida en 1966 por un grupo de jóvenes del peronismo nacionalista que secuestró un avión de línea y lo desvió hacia Port Stanley, ciudad a la que rebautizaron “Puerto Rivero”. El gaucho Antonio Rivero, al que alude el nombre, llevado a Malvinas por Luis Vernet, y la rebelión que encabezó contra las nuevas autoridades británicas en 1833 constituyen un núcleo de la historia de Malvinas que será objeto de múltiples apropiaciones y reinterpretaciones, que según señala la antropóloga Rosana Guber se orientan en torno a dos polos: “La rebelión de Rivero es interpretada por los historiadores ‘reversionistas’ y ‘populistas’ como un clamor patriótico contra el invasor y sus lugartenientes (Almeida 1966, Campos 1966, Moya 1966). La historiografía liberal, en cambio, la interpreta como un acto de simples forajidos (Academia Nacional de la Historia 1967)” (Guber, 2000: 85).

La historia de Malvinas que comienza a formularse en 2003 invoca a Rivero como héroe patriótico, lo cual sucede por primera vez después de 1982 y da cuenta tanto de la filiación del nuevo gobierno con el peronismo militante anterior al golpe militar como con cierto resurgimiento de la matriz épica de los relatos, para la cual los héroes son figuras

¹⁹ El discurso, pronunciado ante la Asamblea Legislativa, puede consultarse completo en: http://www.casarsada.gov.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=24414&catid=28:discursos-ant

²⁰ La Marcha Peronista, en su versión original, incluía dos estrofas ligadas al reclamo de soberanía sobre las islas: “Después de haber liberado / a toda la economía / gritamos soberanía / con fundamento y razón / ¡Viva Perón! ¡Viva Perón! // Porque las Islas Malvinas / y el Antártico Sector / son netamente argentinos / aunque nos digan que no”.

centrales²¹. Pero además, también por primera vez desde 1982, lo épico no viene asociado a ninguna reivindicación militar. La mejor síntesis de esta nueva situación la provee, precisamente, un militar. Martín Balza, Jefe del Ejército durante la mayor parte del gobierno de Carlos Menem, fue siempre un militar cercano al poder político, que además se destacó por reconocer la responsabilidad del ejército en las violaciones sistemáticas a los derechos humanos durante la última dictadura. En 2003 publica su libro sobre Malvinas al que titula *Gesta e incompetencia*. La noción de gesta, que durante las décadas anteriores había intentado ser separada de la causa y silenciada o tapada, se recupera ahora en el marco más amplio de, al menos, una relativa superación del ideal pacifista que había borrado el conflicto en los ochenta y noventa; al mismo tiempo, hablar de gesta ya no está reñido con la crítica a los mandos militares que la condujeron.

Más ampliamente, entonces, lo que se observa durante los años dos mil es una reconfiguración, bajo la épica, del relato de la historia nacional, en el que Malvinas, ya no solo como causa sino también como guerra, comienza a encontrar un lugar. En ese marco, en 2010, el Ministerio de Relaciones Exteriores, presidido entonces por Alfredo Atanasof, publica el libro *La Cuestión Malvinas en el marco del Bicentenario*, compilado por Agustín Romero. Allí, veinte personalidades destacadas de la cultura y la política se dedican a dilucidar precisamente esa relación entre Malvinas –en su doble valencia de causa y guerra– y la historia nacional. Para la mayor parte de los análisis, los discursos culturales –literarios, cinematográficos, folclóricos– ocupan un lugar central en la configuración de esa relación. En uno de los artículos, el politólogo Juan Cruz Vázquez señala que falta un relato colectivo sobre la guerra pero considera que el bicentenario

como gran conmemoración y celebración de lo que se considera el “nacimiento” de la nación argentina, ofrece en este sentido un marco propicio para situar en el tiempo la propuesta de construcción de un nuevo relato colectivo sobre Malvinas post-1982. Y esto no sólo por Malvinas como hito contenido en la conmemoración de la nación argentina, sino por la especificidad de una fecha que retrotrae –al mismo tiempo– a un acto fundacional que, cien años atrás, hizo una base fundacional de Malvinas. (Romero, 2010: 205)

Fundamentalmente, la novedad de este libro fue la de proponer una imbricación entre la reflexión –política, filosófica, teórica, cultural– sobre el problema de Malvinas y las prácticas políticas concretas. Más allá de que su efecto pueda ser debatido, existieron en estos años una serie de medidas que repasaremos en lo que sigue. La primera de ellas fue tomada, estrictamente, durante el gobierno de Fernando de la Rúa, pero su sentido permite incluirla en el conjunto de las medidas que dibujan un nuevo escenario durante la primera década del siglo XXI. Se trata de la recuperación del 2 de abril como fecha de conmemoración, en reemplazo del 10 de junio que, como vimos, había sido establecida como parte de un proceso de “desmalvinización”. Si en los años ochenta se buscaba reivindicar un tiempo anterior a todo enfrentamiento por medio de la recuperación de la figura de Luis Vernet y su asunción como Comandante Militar –es decir, un hecho de relevancia institucional–, ahora la figura de Rivero se constituye en un antecedente del enfrentamiento de 1982. Por otra parte, la misma ley determina que la fecha represente el “Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas”, en vez del “Día de la afirmación de los derechos argentinos sobre las

²¹ En 2012, al conmemorarse el 30° aniversario de la guerra, el torneo de fútbol argentino de primera división fue bautizado “Crucero General Belgrano”, y la copa, “Gaucho Rivero”.

Malvinas, Islas y Sector Antártico”, es decir que se produce aquí también un resurgimiento de lo bélico –aparece, incluso, la palabra “guerra”– en el marco del discurso oficial, en el lugar donde hasta entonces solo aparecía, y eventualmente, la causa de la soberanía.

Además, en estos años, se reactivan los reclamos por la soberanía en sede diplomática, fundamentalmente frente a la Asamblea General de la ONU. En 2012, al conmemorarse los treinta años de la guerra, estos reclamos se vuelven más frecuentes y vehementes; al mismo tiempo que se generan rispideces con el gobierno británico, se adquiere el respaldo de la región latinoamericana. En junio de ese año, Cristina Kirchner se convierte en el primer presidente argentino en pronunciar un discurso frente al Comité de Descolonización de la ONU. En uno de los párrafos iniciales de ese discurso, Cristina Kirchner adelanta el que constituirá uno de sus argumentos esenciales:

Me acompañan, también, ex combatientes, me acompañan también madres de combatientes, sepultados en Malvinas y cuyos restos no han podido ser identificados aún. En una carta que dirigí, recientemente, al señor presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja, le solicitábamos la posibilidad de conformar un equipo forense que permitiera a estas madres de Malvinas, que quieren saber dónde están los restos de sus hijos, cuál es la tumba de su hijo para ir a ponerle una flor. No son las únicas mujeres que todavía buscan a sus hijos, en la República Argentina. También hay otras madres que siguen buscando los restos de sus hijos para ser identificados, casualmente desaparecidos, en la dictadura del 24 de marzo de 1976 y que culminara con el gobierno democrático de 1983. Esa misma dictadura que decidió unilateralmente –sin consulta a ningún argentino – los hechos del 2 de abril, como fuera inclusive comprobado desde el punto de vista militar al desclasificar el Informe Rattenbach, que era un análisis de los propios militares argentinos sobre lo que había significado el conflicto desde el punto de vista militar²².

La equiparación entre desaparecidos y caídos en combate no es nueva. Sin embargo, aquí adquiere matices muy diferentes, en tanto se sitúa en un contexto también diferente, del que dan cuenta otras dos medidas relativas a Malvinas tomadas por los gobiernos kirchneristas, a las que se hace referencia en el párrafo que antes citamos, anunciadas también en 2012.

La primera es la desclasificación del Informe Rattenbach, resultante de una investigación que, se esperaba, serviría de base para un futuro juicio en que se estableciera la verdad acerca del conflicto. Este, sin embargo, nunca se produjo y el Informe no llegó a ser publicado en forma oficial. Por otra parte, existieron denuncias relativas a adulteraciones y censuras tendientes a proteger a algunos de los jefes militares allí responsabilizados. Por todo ello, el Informe no tuvo consecuencias relevantes. En este marco, la recuperación, aunque no llega a equivaler a un juicio, sí otorga cierto respaldo institucional a un relato que no solo condena a los responsables –todos ellos pertenecientes a los altos mandos militares, incluidos algunos que habían cumplido un rol destacado en la represión ilegal–, sino que, además, posee una serie de apartados en los que se destaca la existencia de conductas heroicas individuales, independientes de los errores de la conducción²³.

²² El discurso completo puede encontrarse en: http://es.wikisource.org/wiki/Wikisource:Documentos_hist%C3%B3ricos

²³ El 22 de marzo de 2012 se oficializó la entrega del Informe Rattenbach a las autoridades. Desde entonces, puede descargarse el texto completo desde la página web de la Casa Rosada: <http://www.casarosada.gov.ar/component/content/article/108-gobierno-informa/25773-informe-rattenbach>

La segunda medida, anunciada el 2 de abril de 2012, es la de solicitar, por intermedio de la Cruz Roja, la identificación de los restos de los 123 soldados enterrados en el cementerio de Darwin bajo la inscripción “Soldado solo conocido por Dios” y el número impreciso de los que están enterrados en otras partes de las islas. Para ello, se propuso la intervención del Equipo de Antropología Forense que desde hacía algunos años venía trabajando en el reconocimiento de restos de personas desaparecidas durante la dictadura. La medida refuerza el paralelismo entre los desaparecidos y los caídos en la guerra, pero lo hace revirtiendo, al mismo tiempo, el silencio y el desconocimiento que durante muchos años recayeron sobre ambos.

Todas estas constituyen reacciones a un nuevo tipo de héroe que, como dijimos antes, comienza a delinearse en los años dos mil, que ya no está reñido con las diversas formas de maltrato y hasta asesinato perpetradas por los mandos militares. En ese sentido, se trata de un acortamiento de la distancia entre la figura de la víctima y la del héroe que durante veinte años había estructurado los relatos, que se produce en gran medida a partir de la publicación del Informe Rattenbach y, sobre todo, del pedido de identificación de los cuerpos. Si bien ambas figuras ya venían siendo asociadas, es recién ahora, en el siglo XXI, cuando más próximas se encuentran, en tanto ambos pueden ser pensados, simultáneamente, como víctimas y como héroes.

Aunque desde luego el proceso es incipiente y no carece de matices puede observarse un movimiento de carácter general según el cual el relato oficial se vuelve, por primera vez, malvinizador pero desmilitarizador. Como resultado de esta separación entre la guerra y los militares que la llevaron a cabo, en ese relato el acontecimiento bélico en sí mismo comienza a hacerse más visible. Otro hecho fundamental que contribuye a esto es el inicio en 2009 de juicios radicados en Río Grande por crímenes de lesa humanidad cometidos durante la guerra. Por esta vía, no solo estas historias, silenciadas durante casi treinta años, comienzan a salir a la luz, sino que son investidas, por primera vez, de la legitimidad que otorga la sede judicial.

En la medida en que la guerra y sus héroes se vuelven elementos posibles en un relato que se aproxima a lo épico, Malvinas comienza a ser objeto de un número cada vez mayor de obras. En efecto, en torno a 2007 y, sobre todo, a 2012 –es decir, al vigesimoquinto y el trigésimo aniversario de la guerra– se produce una suerte de boom editorial malvinense. En estos años se publican una gran cantidad de novelas y cuentos –se destacan, por ejemplo, *Ciencias morales*, con la que el escritor Martín Kohan ganó el premio Herralde de novela y *Segunda vida*, de Guillermo Orsi–; en muchos de ellos se observa ya un recambio generacional, en tanto son historias contadas por nuevas figuras del relato de la guerra: los hijos de los combatientes –por ejemplo, en “Licenciada en rubores”, de Laura Ramos y en *Cuando te vi caer*, de Sebastián Basualdo– o los que en 1982 eran chicos –“La guerra”, de Juan Diego Incardona y *2022. La guerra del gallo*, de Juan Guinot–. También se reeditan algunos de los textos fundamentales de la guerra –*Partes de guerra*, en 2007 y *Los pichiciegos*, en 2006– y se realizan además algunas recopilaciones –*Las otras islas y La guerra de Malvinas*–. En 2012, la novela ganadora del Premio Clarín de Novela, *Sobrevientes*, de Fernando Monacelli cuenta la historia de la reaparición, en la Antártida, de un soldado muerto en el Crucero General Belgrano, que quedó congelado durante veinticinco años. El historiador Federico Lorenz, especialista en el tema Malvinas publica en estos años dos libros en que se sale del género historiográfico: la novela *Montoneros o la ballena blanca* y la crónica de viajes *Fantasmas de Malvinas*. En relación con ello, Malvinas comienza a suscitar el interés en ámbitos que hasta ahora le habían sido indiferentes, como la novela histórica. En estos años aparecen una serie de novelas en las que la guerra o la vida en las

islas durante el siglo XIX constituyen el trasfondo histórico para relatos de amor o aventuras –*La balsa de Malvina*, de Fabiana Daversa, *Vernet, caballero de las islas y Malvinas, la ilusión y la pérdida*, ambas escritas en colaboración por Silvia Plager y Elsa Fraga Vidal–. También la literatura infantil y juvenil se vuelca a Malvinas: se publican *Pipino, el pingüino, el monstruo y las Islas Malvinas* de Claudio Garbolino, con ilustraciones de Antonella Garbolino, un libro pensado para niños de tres a ocho años, y las novelas juveniles *Nunca estuve en la guerra* de Franco Vaccarini, *Nadar de pie* de Sandra Comino y *Rompecabezas* de María Fernanda Maquieira.

Finalmente, Malvinas se vuelve materia predilecta para la dramaturgia: solo en 2012, en Buenos Aires, se estrenan al menos ocho obras teatrales sobre Malvinas. Algunas, transcurren en las islas: *Queen, Malvinas*, dirigida por Esteban Massari y escrita por el escritor y psicólogo Agustín Palmeiro –quien además fue combatiente–; *Los Tururú*, escrita y dirigida por Diego Quiroz, y *Piedras dentro de la piedra*, de Mariana Mazover –versión libre de *Los pichiciegos*–. Otras, en cambio, como *Islas de la memoria* de Julio Cardoso y *1982, obertura solemne* de Lisandro Fiks, se sitúan en el presente para reflexionar sobre las dificultades que entraña representar Malvinas. Finalmente, se estrenan también la versión teatral de la novela *Las islas*, de Carlos Gamerro, dirigida por Alejandro Tantanian, y versiones de *¡Hundan el Belgrano!*, la gran parodia de Margaret Thatcher escrita por el inglés Steven Berkoff, y de *Gurka* de Vicente Zito Lema²⁴.

En cine, se estrena *La mirada invisible*, de Diego Lerman, basada en la novela *Ciencias morales*. Entretanto, una serie de documentales proponen, en general, miradas novedosas sobre las islas y la guerra: *Desobediencia debida*, de Victoria Reale; *El héroe del Monte Dos Hermanas*, de Rodrigo Vila; y *La forma exacta de las islas*, de Edgardo Dieleke y Daniel Casabé. Pero tal vez el acontecimiento cinematográfico más relevante sea el estreno, en 2005, de *Iluminados por el fuego*, versión del relato de Edgardo Esteban dirigida por Tristán Bauer, uno de los intelectuales más afines y más influyentes del proyecto kirchnerista²⁵. Se estrenó en el circuito comercial y no solo resultó un éxito de taquilla sino que además cosechó una enorme cantidad de premios y nominaciones²⁶. La película comienza con el llamado en que avisan al periodista Esteban Leguizamón –alter ego de Edgardo Esteban– que su amigo Alberto Vargas, ex combatiente igual que él, intentó suicidarse y está internado. Junto a la cama de su amigo, Leguizamón comienza a recordar los días que compartieron en Malvinas, que aparecen en la película narrados por medio de *flashbacks*. Finalmente, Vargas muere y Esteban le promete volver a Malvinas para cerrar la historia.

Respecto del libro de Esteban, Federico Lorenz había señalado que en el momento de su publicación, “el silencio sobre Malvinas –culposos de la sociedad, culpable de los militares responsables de la guerra– era muy grande” (2012b: 11). Por ese motivo, como vimos, la

²⁴ Las obras recorrieron distintos circuitos, ligados a tipos de público también distintos. Algunas de estas obras, como *1982, obertura solemne* se estrenaron en teatros pequeños, del *under* porteño. Otras, en cambio, se estrenaron en teatros más grandes como *Las islas*, en el Teatro Presidente Alvear, de la calle Corrientes, o *Islas de la memoria*, en el Teatro Cervantes.

²⁵ En 2007, Bauer se convertiría en director de Canal Encuentro, el canal televisivo del Ministerio de Educación, y luego también de la TV Pública y Radio Nacional.

²⁶ Entre otros, recibió el Premio especial del jurado en el Festival de San Sebastián (2005), el Premio Goya por mejor película extranjera de habla hispana (2005), el Premio *Founding Fathers* por mejor narrativa en el Festival de Cine Tribeca (2006) y los Premios Cándor de Plata a la mejor dirección artística, al mejor guión adaptado, mejor compaginación y mejor actriz de reparto.

circulación del libro fue más bien limitada. Distinta será la situación cuando, en 2005, se estrene la película:

La sociedad que vio *Illuminados por el fuego* era muy distinta que aquella en la que salió la primera edición del libro. La política de memoria impulsada por Néstor Kirchner, las demandas por una apropiación crítica del pasado, encontraron en la película y en la historia de Edgardo un ariete para atacar las ciudadelas del silencio (por acción u omisión) acerca de la historia de miles de jóvenes, de la lucha silenciosa que llevaron contra los ingleses y en ocasiones contra sus propios hombres, y contra la posguerra. (Lorenz, 2012b: 12)

Pero si esta película es tan relevante es porque no solo se inserta en el cambio sino que contribuye ella misma a producirlo. Más allá de que algo en su tono recuerda todavía al de *Los chicos de la guerra*, deja adivinar ya un giro: puesto que allí las escenas del drama de la posguerra se intercalan con escenas de la guerra, de los combates, producidas con tecnología y efectos especiales. Además, la película consigue delinear cierto perfil heroico para sus protagonistas –Leguizamón, ante todo, pero también Vargas, en su batalla sin cuartel contra el olvido y el correntino Juan Chamorro, que muere en las islas–. Los soldados de *Illuminados por el fuego* son héroes en ese contexto particular, en que el principal enemigo estaba en el propio bando. Cuando Leguizamón desobedece a su superior que le da órdenes absurdas en medio del repliegue para ir a ayudar a Vargas que está herido, está asumiendo la única conducta heroica que esta guerra permitió. Así, en esta película, por primera vez, un elemento épico propio del género bélico convive con una denuncia a los militares que condujeron la guerra. En ese sentido, *Illuminados por el fuego* introduce la posibilidad de articular, desde la ficción, el reclamo por la soberanía con cierto relato de la guerra que no es pro-militar.

Por otra parte, en estos años aparecen también estudios periodísticos que abarcan una gran variedad de temas. Entre estos pueden destacarse *Los rabinos de Malvinas* de Hernán Dobry y *Malvinas. Los vuelos secretos* de Gonzalo Sánchez, en tanto en ellos los protagonistas son los nuevos héroes: rabinos que viajaron a Malvinas para acompañar espiritualmente a los combatientes judíos y que sufrieron la guerra como cualquier otro; los pilotos de Aerolíneas Argentinas que, a raíz de una convocatoria secreta del gobierno militar, realizaron siete viajes –dos a Tel Aviv, cuatro a Trípoli y uno a Ciudad del Cabo– en busca de armamento. Según su autor, se trata de una historia de heroísmo civil.

Asimismo, en estos años, los testimonios encuentran nuevas vías de circulación y, correlativamente, la experiencia bélica que en ellos se relata encuentra nuevos modos de elaborarse. Por un lado, algunos relatos testimoniales comienzan a ser incluidos en investigaciones periodísticas, en las que se intercalan con la voz del periodista, a la que sirven de apoyo. Por otro lado, hay testimonios que se producen en una aproximación a lo literario, ya sea como poesías o como novelas.

Entre los libros que incorporan testimonios como fuentes periodísticas se destaca *Lágrimas de hielo*, de Natasha Niebieskikwiat, donde se investigan los maltratos recibidos por los soldados por parte de sus superiores. Se trata, según la misma autora, de “una extensa crónica donde los ex combatientes que sufrieron esos abusos brindan su testimonio” (Niebieskikwiat, 2012: 19). El libro, además, da cuenta de la investigación judicial que se está realizando paralelamente. En ese sentido, sitúa la cuestión de la judicialización del testimonio, fundamental en tanto la incorporación de testimonios como fuentes periodísticas puede ubicarse en relación con el hecho de que hayan comenzado a usarse también en estos años como pruebas en sede judicial.

Aún más importante es el libro *Malvinas, la primera línea*, donde el periodista Juan Ayala cuenta la guerra desde la perspectiva de los soldados del Regimiento de Infantería Mecanizada 7 de La Plata, apostado en los montes que rodean Puerto Argentino en los que se produjeron los combates más cruentos y se registró la mayor cantidad de bajas²⁷. Las voces de siete soldados pertenecientes a ese Regimiento aparecen citadas directamente y alternan con la crónica del periodista Ayala. El libro parte de la afirmación –que además contribuye a sostener– de que “los colimbas fueron la carne de cañón de unas Fuerzas Armadas que, en su pretensión de eternizarse en el poder, mandaron a regimientos de conscriptos a la guerra” y, en relación con ello, refiere que “en las islas, en pleno conflicto, sus cuadros –oficiales y suboficiales– se dedicaron a torturar psíquica y físicamente a sus soldados, nada extraño si pensamos que muchos de ellos habían hecho desaparecer poco antes a 30 mil argentinos” (Ayala, 2012). Esto que, a simple vista, no se aleja demasiado de las posturas adoptadas por libros anteriores de testimonios de soldados toma aquí una forma particular, pues lejos de articularse como queja adopta la forma de una revisión concienzuda de los errores estratégicos, tácticos y logísticos cometidos por la Junta Militar primero, y por toda la escala de grados militares después. El estudio de las tácticas y estrategias y la descripción de los combates, en muchos pasajes en voz de los propios combatientes, dan como resultado un relato que da cuenta del acontecimiento bélico en sí mismo, en el que no solo a las falencias de los militares se contraponen el heroísmo de los soldados, sino que además se lee que Argentina podría haber ganado la guerra, gracias a esos héroes y a algunas situaciones ventajosas que los mandos militares desaprovecharon. Así, Ayala sostiene, apoyándose en los relatos testimoniales de soldados, que si se hubiesen construido pistas de aterrizaje antes del 12 de abril, o si se hubiera esperado a septiembre para atacar; si hubiera dejado el Crucero General Belgrano cerca de Puerto Argentino; si se hubiera aprovechado el momento de vulnerabilidad de la flota inglesa durante el desembarco en el estrecho de San Carlos y si, finalmente, se hubiesen enviado patrullas en vez de aguardar el ataque en Puerto Argentino, Argentina podría haber ganado la guerra.

Así, en este libro los héroes son los soldados. Si hubiese sido por ellos, la guerra podría haberse ganado; si se perdió fue a causa de la mala conducción. Lo que aparece es, por un lado, el retorno de la guerra y, por el otro, la posibilidad de una mirada épica en torno a las conductas de los soldados. El hecho de que el libro de Ayala incluya las voces de los soldados, de modo tal que sean ellos quienes pongan en palabras la guerra y el heroísmo, es la vía por la que la épica deja de ser patrimonio exclusivo de los relatos de militares. Además es en ese punto donde puede verse la distancia recorrida por el relato testimonial desde *Los chicos de la guerra* hasta ahora. Si en los tempranos ochenta Daniel Kon interrumpía los relatos buscando insertarlos en un discurso victimizador, ahora los relatos de los soldados son incorporados a un relato mayor que da cuenta de la guerra y del rol no solo activo sino a veces también heroico de los soldados en ella.

Mencionamos antes un segundo movimiento, el de los testimonios que se vuelcan hacia lo literario. Se destaca aquí la crónica *Los viajes del Penélope*, de Roberto Herrscher, en la que también puede verse cierta ligazón entre la narración y la mirada épica. Allí, a través de la historia de un barco, al que estuvo asignado durante la guerra pero que antes había sido el *Feuerland*, construido para una expedición a la Patagonia a principios del siglo XX,

²⁷ Esto es, en combates terrestres, excluyendo el hundimiento del Crucero General Belgrano. Como señala Ayala, el Regimiento 7 contó con 36 muertos, 33 de los cuales eran conscriptos. Además, por el difícil acceso de sus posiciones fueron quienes tuvieron mayores dificultades para ser abastecidos.

Herrscher cuenta en primera persona lo que podría llamarse una aventura de largo aliento en la que los soldados dicen sentirse héroes en tanto se sienten habitando una novela de aventuras. Es decir, es la recurrencia a una imagen literaria la que les permite construir la mirada épica:

Nos abrazamos con los colimbas del Apostadero y entre mates y chocolates les contamos las aventuras del *Penélope* como si fuéramos héroes de un libro de aventuras. Yo, un chico de asfalto y de clase media de Buenos Aires, que crecí leyendo las aventuras de Sandokán en el jardín de mi casa, me sentía marinero, aventurero y tigre de la Malasia.

Eduardo dice que cuando el radio-operador Manuel Escalada nos vio llegar no lo podía creer. «A ustedes ya los habíamos dado por muertos a todos», dice que le dijo Manuel.

[...]

Esa noche la sensación de todos era que habíamos hecho algo especial, y nos dormimos en el camarote redondo de proa como se duermen los jóvenes de los cuentos de muchachos que maduran y cometen acciones heroicas: repasando los momentos más peligrosos...

(Herrscher, 2007: 112-113)

Pero sobre todo, constituye una novedad de esta década la aparición de varios libros de poesía escritos por ex combatientes, en los que la primera persona de la experiencia y la dimensión literaria se encuentran más próximas que nunca: *Soldados* de Gustavo Caso Rosendi –editado por el Ministerio de Educación–, *Haikus de guerra* de Martín Raninqueo y *Brilla tú, borracho loco* de Hugo Sánchez. Los tres autores comparten el haber sido poetas antes de la convocatoria y el haber sido destinados a los montes que rodean Puerto Argentino, que es donde se produjeron los combates más cruentos²⁸. En los tres casos, el marco para elaborar y transmitir la experiencia bélica es provisto por la literatura. Por tratarse, además, específicamente de poesías, ese marco es acotado, preciso, una métrica y un ritmo para la descarnada experiencia de la guerra. En el caso de Martín Raninqueo este gesto es llevado al extremo: escribe haikus, composiciones de origen japonés que se caracterizan por la extrema brevedad y por la austeridad y cuyo tema principal es el asombro que causa en el poeta la contemplación de la naturaleza. Los haikus de Raninqueo, en efecto, utilizan metáforas de la naturaleza para dar forma a la guerra. Así, por ejemplo: “Brusco es el viento / que empuja a un soldado / herido en el monte” o “Luciérnagas de muerte / llegando el ocaso / vienen del mar”. Los maltratos sufridos por parte de los superiores también forma parte de esa experiencia asombrosa de la guerra que consigue ser representada en tanto se la compara con elementos de la naturaleza, como se ve en el haiku “el estaqueado”: “Sobre la turba / ramita verde / muriéndose de frío” (Raninqueo, 2011).

Al presentarse así de despojada –al natural–, la desgarradora experiencia de la guerra desgarrar también al lenguaje que la nombra y hasta a la forma poética, como en el poema “Monte Longdon”, de Gustavo Caso Rosendi:

es como un corso es como si fuera el último febrero desde una vitrola oxidada canta castillo
 siga el baile una mujer con rostro de ibis pasea en el chingui-chingui llueven serpientes de
papel la avenida con lamparitas de colores gualeguaychú todo nevado pero no le parece raro
porque sabe que le tocaba mirar hacia el frente y ganas de tomarse una cerveza y un cabeceo

²⁸ Gustavo Caso Rosendi y Martín Raninqueo, los dos provenientes de la ciudad de La Plata, pertenecieron al Regimiento de Infantería 7, apostado en el Monte Longdon –el mismo del que provenían los soldados que dieron testimonio en *Malvinas, la primera línea*, de Juan Ayala–; Hugo Sánchez, por su parte, estuvo en el Wireless Ridge.

y otro y otro más y ahí está buscando a la marcela entre la gente pero una estatua lo detiene le besa la frente la bufanda se le escapa como un pájaro ciego se va enganchando entre las ramas se deshilacha escocesa en el cielo y llega un frío oscuro oscuro oscuro y ya no puede enterarse de aquel filo que se le apoya en la garganta justo cuando se encienden los primeros alaridos de la noche. (Caso Rosendi, 2009: 37)

En la misma línea, como puede apreciarse en los ejemplos citados, los *Haikus de guerra* de Martín Raninqueo no responden a la estructura de diecisiete sílabas que caracteriza al haiku clásico –distribuidas en tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente–. Son, por tanto, lo que se denomina “haikus de verso roto”. Además, la escritura poética de la experiencia desgarrada también a los hombres, los duplica o los parte en pedazos: “Cuando volví a Darwin / leí los nombres en el granito / como un ciego / tratando de encontrar el mío / entre los que dicen que están ahí. / Eso dicen” (Sánchez, 2012: 23); “Tras la bruma / los niños que fuimos / nos están gritando: adiós” (Raninqueo, 2011: 63).

La poesía es una forma literaria que tolera bien el desgarramiento o la fragmentación, por lo que constituye una vía para nombrar la experiencia bélica, o al menos, sus restos, y para reincorporarlos a la biografía que esa misma experiencia desgarró:

Llovía
era el momento de llorar
buscamos entre las piedras
(nuestras piedras)
enterramos los dedos en la turba
quedaban en nuestras manos pedazos
de mantas podridas de bolsas de dormir
que supieron guardar el miedo
un borrego retorcido
una suela de flecha
un pomo de kolynos
correajes
vainas servidas
caramañolas
nos reconocimos entre los despojos

No volvimos a las islas
sólo paramos a buscar algo más de nosotros. (Sánchez, 2012: 64)

Después. A modo de conclusión

El recorrido por los relatos de Malvinas –considerados en un sentido amplio– que la sociedad argentina construyó desde 1982 hasta hoy permitió constatar que no solo carecían de épica sino que, incluso, tampoco aparecía en ellos de modo contundente la guerra, esto es: las armas, las tácticas y estrategias, la posibilidad de matar y de morir, los combates contra un enemigo extranjero, las conductas heroicas. El gesto inaugural de *Los pichiciegos*, en ese sentido, residió ante todo en el hecho de ubicar la acción en el margen de la guerra e instalar, simultáneamente, al desertor como personaje principal; es decir, elegir a quien abandona no solo la guerra sino también su lógica y su relato (Vitullo, 2012).

Entre las razones por las que la guerra de Malvinas no fue representada prioritariamente en los relatos que le estuvieron dedicados, encontramos una serie de cuestiones históricas: fundamentalmente, las dificultades que encontraron esos relatos para circular en los distintos momentos de la posguerra debido a esa suerte de mancha de origen de la guerra de Malvinas –la utilización, por parte de la dictadura, de una causa considerada justa; el hecho de que Malvinas se erigiera en puente de dos órdenes inconciliables como la dictadura y la democracia–. Si bien otras guerras compartieron en alguna medida este rasgo –Vietnam, por ejemplo, fue considerado por muchos como ilegítimo o vergonzante y la posguerra fue reacia a admitir un relato heroico–, ello no fue obstáculo para que se produjeran relatos que, con carácter bélico o antibélico, hicieron de la guerra el escenario principal y, de los hombres marcados por ella, sus protagonistas.

Aunque no nos hemos detenido especialmente en este aspecto, nos interesa señalar que entre las múltiples cuestiones que explican la debilidad o casi ausencia del referente bélico en los relatos de Malvinas es necesario situar también la dificultad de recurrir a la épica, en tanto marco narrativo. Sabemos, desde los trabajos de Mijail Bajtín (1989) en adelante, que el relato épico se corresponde con un universo total y homogéneo, que no puede ser cambiado, reevaluado ni interpretado, y que hoy ese universo ya no existe, se ha aproximado y fragmentado, por lo que la épica, como tal, pertenece al pasado. Sin embargo, más recientemente, críticos como Fredric Jameson (2013) dieron una vuelta de tuerca a esta cuestión, al afirmar que, pese a todo, todavía es posible recuperar algunos elementos de la épica que existe, entonces, como uno de los polos de una oscilación narrativa –y podemos constatarlo en las novelas y filmes de otros conflictos armados–. En cambio, en los diversos tipos de relatos de Malvinas, priman la fragmentariedad y la confusión propias de la inmediatez perceptiva, que no consiguen, casi en ningún momento, organizarse, resolver la oscilación. Es posible colegir, entonces, que cuando los soldados se refieren a viejos hábitos del pensamiento que no sirven para contar la novedad de la guerra –como Daniel Terzano–, o al lenguaje de Hollywood que nada tiene que ver con la propia experiencia –como muchos de los entrevistados por Daniel Kon– no están hablando de otra cosa que de las dificultades que encuentran para recurrir a las estructuras de la épica, lo cual puede relacionarse con la escasa tradición que esta tiene en la literatura de guerra argentina –piénsese, por ejemplo, en un conflicto armado anterior también vergonzante, como la guerra del Paraguay (cfr. Laera, 2008)–.

Por otro lado, también se tendió a obtener desde afuera el movimiento hacia lo épico. Los rasgos de heroicidad que aparecieron fueron borrados, o convertidos en victimización, según hemos visto en el pasaje del libro *Los chicos de la guerra*, de Daniel Kon, a la película del mismo nombre dirigida por Bebe Kamin. Tal conversión constituye también un gesto fundacional que confluye con el que realizó *Los pichiciegos*, en tanto ambos implican un desplazamiento hacia el margen de lo bélico. A partir de allí, los soldados no pueden ser representados ni representarse a sí mismos como héroes en el sentido más amplio del término, esto es, como protagonistas del relato bélico, como guerreros. Durante la mayor parte del tiempo de posguerra, tal representación pareció inhibirse en relación con el hecho de que cualquier epicidad era asociada inmediatamente con el discurso militar. Por otra parte, los militares, se apropiaron del discurso bélico: fueron ellos prácticamente los únicos en hablar de combates, de estrategias, de armamentos, de héroes –los cuales, además, siempre eran ellos mismos–. Hay que tener en cuenta, además, que los militares siempre hablaron de dos guerras –una en Malvinas, contra los ingleses, otra interna, contra la “subversión”–, de modo que la terminología bélica y las estructuras narrativas de la épica quedaron asociadas así,

también, a la represión ilegal. En ese contexto, cualquier detentación, por parte de los soldados, de símbolos o palabras ligadas al universo de la guerra fue repudiada y excluida de los relatos —es conocido, por ejemplo, el impacto que generaba en la población, durante los primeros años de democracia, que los ex combatientes utilizaran en sus apariciones públicas sus uniformes de combate—. Entonces, al obturarse la posibilidad de que en los relatos de Malvinas aparezcan héroes, que enfrenten en combate a sus enemigos, que utilicen armas y que maten, es decir, en definitiva, la posibilidad de recurrir a la épica, lo que se obtura es, en líneas generales, la representación de la guerra entendida a partir de sus elementos más reconocibles.

Para terminar, nos gustaría dejar abierta una pregunta respecto del futuro del relato de Malvinas. Vimos, a lo largo de este ensayo, que durante los años dos mil —y con mayor fuerza en los últimos años— comenzó a aparecer, incipientemente, la posibilidad de contar la guerra recurriendo a algunos elementos épicos sin que ello implicara una adscripción al discurso militar; por el contrario, lo que pareció volverse posible en estos años es un relato que contara la guerra como guerra y exaltara las conductas heroicas que en ella se desplegaron y, a la vez, fuera crítico con el gobierno militar que la condujo —incluso, crítico con la misma decisión de haber invadido las islas—. Comienza a vislumbrarse la posibilidad de un discurso desmilitarizador pero malvinizador, conjunción que hasta ahora no se había dado. Este movimiento puede verse en relación con la reciente inauguración del Museo de Malvinas en el predio de la ex Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) que es, a su vez, un espacio de memoria y derechos humanos desde que el predio fuera recuperado en 2004. El principal objetivo del museo es concientizar sobre la situación de las Malvinas y promover la reivindicación del reclamo argentino de soberanía, por lo cual gran parte de la muestra está dedicada a la geografía, la flora y la fauna de las islas, como si en ella resonara el eco lejano de las palabras de Augusto Laserra cuando afirmaba que el interés de las descripciones en sus cartas a José Hernández residía en “la doble razón de ser ellas [las islas] propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños”. Pero la muestra incluye también, previsiblemente, cartas, fotografías y elementos que cuentan la historia de la guerra, que la recuperan a través de imágenes, objetos, documentos. En ese sentido, es posible pensar que este espacio de memoria aún la historia más sangrienta de la dictadura militar, la historia de las islas y de la causa, y finalmente, también la historia de la guerra: los tres aspectos cuya imbricación hasta ahora no había podido ser resuelta. Sin embargo, llama la atención el prácticamente nulo espacio que la muestra dedica a los relatos testimoniales y, en especial, literarios de la guerra.

Queda abierta la pregunta, entonces, por las formas que tomará el relato de Malvinas, al que además, como hemos visto, se sumarán las voces de las nuevas generaciones; por si podremos, finalmente, contar la guerra: es decir, construir una narración que ayude a elaborar, individual y colectivamente, el episodio traumático, a desatar su nudo para hallar, en cambio, los lazos que lo unen con el pasado y también con el futuro; por si podremos, en definitiva, encontrar el lugar de la guerra de Malvinas en la historia nacional.

Bibliografía

- AAVV 2012 *Las otras islas* (Buenos Aires: Alfaguara).
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín 2013 (1997) *La voluntad* (Buenos Aires: Planeta).
- Ayala, Juan 2012 *Malvinas, la primera línea* (Buenos Aires: Libros del Náufrago).
- Bajtín, Mijail 1989 “Épica y novela” en *Teoría y estética de la novela* (Madrid: Taurus).
- Balza, Martín 2003 *Malvinas: Gesta e incompetencia* (Buenos Aires: Atlántida).
- Basualdo, Sebastián 2008 *Cuando te vi caer* (Buenos Aires: Bajo la luna).
- Baudrillard, Jean 1996 *La guerra del golfo no ha tenido lugar* (Barcelona: Anagrama).
- Benjamin, Walter 2007 “Experiencia y pobreza” en *Obras II, I* (Madrid: Abada).
- Blanco, Oscar et al. 1993 “Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar” en *Espacios de crítica y producción*, N° 13.
- Borges, Jorge Luis 2005 (1982) “Juan López y John Ward” en *Obra Poética* (Buenos Aires: Emecé).
- Calveiro, Pilar 2007 “Memoria, política y violencia” en Buchenhorst, Ralph y Lorenzano, Sandra (eds.) *Políticas de la memoria* (Buenos Aires: Gorla)
- Caso Rosendi, Gustavo 2009 *Soldados* (Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación).
- Cittadini, Fernando y Speranza, Graciela 2007 (1997) *Partes de guerra* (Buenos Aires: Edhasa).
- Comino, Sandra 2010 *Nadar de pie* (Buenos Aires, Libros del Náufrago).
- CONADEP 1995 (1984) *Nunca más* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Coronado, Martín 1983 (1879) “La cautiva” en Müller, Agueda (selec.) *Nuestros poetas y las Malvinas* (Buenos Aires: Corregidor).
- Dalmaroni, Miguel 2004 *La palabra justa: literatura, crítica y memoria en la Argentina, 1960-2002* (Santiago de Chile: Melusina).
- Darwin, Charles 2009 *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* (Madrid: Akal).
- Daversa, Fabiana 2012 *La balsa de Malvina* (Buenos Aires: Aguilar).
- Deleuze, Gilles 2005 *Lógica del sentido* (Buenos Aires: Paidós).
- Dobry, Hernán 2012 *Los rabinos de Malvinas* (Buenos Aires: Ediciones B).
- Esteban, Edgardo 1999 *Malvinas, diario del regreso (Iluminados por el fuego)* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Fogwill, Rodolfo 2006 (1983) *Los pichiciegos* (Buenos Aires: Interzona).
- Fogwill, Rodolfo 2008 *Los libros de la guerra* (Buenos Aires: Mansalva).
- Gamerro, Carlos 1998 *Las islas* (Buenos Aires: Simurg).
- Gamerro, Carlos 2010 “Tierra de la memoria” en *Radar (Página 12)* 11 de abril. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-3787-2010-04-11.html>
- Garbolino, Claudio 2013 *Pipino, el pingüino, el monstruo y las Islas Malvinas* (Buenos Aires: Edición de autor).
- Gardini, Carlos 1983 “Primera línea” en *Cuentos* (Buenos Aires: Sudamericana)
- Groussac, Paul 1936 *Las islas Malvinas* (Buenos Aires: Comisión Protectora de Bibliotecas Populares).
- Guber, Rosana 2000 “La recuperación de la frontera perdida. La dimensión mítica en los derechos argentinos a las Islas Malvinas” en *Revista de Investigaciones Folclóricas*, N° 5.
- Guinot, Juan 2011 *2022. La guerra del gallo* (Madrid: Talentura).
- Hernández, José 2006 *Las Islas Malvinas* (Buenos Aires: Corregidor).
- Herrscher, Roberto 2007 *Los viajes del Penélope* (Buenos Aires: Tusquets).

- Hynes, Samuel 1999 "Personal narratives and commemoration" en Sivan, Emmanuel y Winter, Jay (comps.) *War and remembrance in the twentieth century* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Hynes, Samuel 2001 *The soldiers' tale* (New York: Penguin).
- Incardona, Juan Diego 2008 "La guerra" en *Villa Celina* (Buenos Aires: Norma).
- Jameson, Fredric 2013 *Antinomies of Realism* (London: Verso).
- Kohan, Martín 1999 "El fin de una épica" en *Punto de vista*, N° 64.
- Kohan, Martín 2006 "Fogwill, en pose de combate" en *Ñ (Clarín)*, 25 de marzo. Disponible en <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2006/03/25/u-01163931.htm>
- Kohan, Martín 2007 *Ciencias morales* (Buenos Aires: Anagrama).
- Kon, Daniel 1984 (1982) *Los chicos de la guerra* (Buenos Aires: Galerna).
- Laera, Alejandra 2008 "Sobre la guerra en el Paraguay (relatos nacionales en las fronteras)" en Graciela Batticuore et al. (comps) *Fronteras escritas* (Rosario: Beatriz Viterbo).
- Lamborghini, Osvaldo 2003 (1983) "La causa justa" en *Novelas y cuentos II* (Buenos Aires: Sudamericana).
- López, Fernando 1985 *Arde aún sobre los años* (La Habana: Casa de las Américas).
- Lorenz, Federico 2005 "Los jóvenes y la guerra de Malvinas. A propósito de la película *Los chicos de la guerra*". Disponible en http://www.me.gov.ar/currifom/publica/lorenz_chicosguerra.pdf.
- Lorenz, Federico 2006 *Las guerras por Malvinas* (Buenos Aires: Edhasa).
- Lorenz, Federico 2008 *Fantasmas de Malvinas* (Buenos Aires: Eterna Cadencia).
- Lorenz, Federico 2012a *Montoneros o la ballena blanca* (Buenos Aires: Tusquets).
- Lorenz, Federico 2012b "Prólogo" en Esteban, Edgardo *Illuminados por el fuego* (Buenos Aires: Biblos).
- Maquieira, María Fernanda 2013 *Rompecabezas* (Buenos Aires: Alfaguara).
- Monacelli, Fernando 2012 *Sobrevientes* (Buenos Aires: Alfaguara).
- Niebieskikwiat, Natasha 2012 *Lágrimas de hielo* (Buenos Aires: Norma).
- Orsi, Guillermo 2011 *Segunda vida* (Buenos Aires: Norma).
- Plager, Silvia y Vidal, Elsa Fraga 2005 *Vernet, caballero de las islas* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Plager, Silvia y Vidal, Elsa Fraga 2012 *Malvinas, la ilusión y la pérdida* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Quevedo, Luis Alberto 2005 "Política, medios y cultura en la Argentina de fin de siglo" en Filmus, Daniel (comp.) *Los noventa* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Ramos, Laura 2009 "Licenciada en Rubores" en Incardona, Juan Diego y Llach, Santiago (comps.) *Los días que vivimos en peligro* (Buenos Aires: Emecé).
- Raninqueo, Martín 2011 *Haikus de guerra* (La Plata: El reloj de arena).
- Rodríguez, Fermín 2010 *Un desierto para la nación* (Buenos Aires, Eterna Cadencia).
- Romero, Agustín (comp.) *La cuestión Malvinas en el marco del Bicentenario* (Buenos Aires: Observatorio Parlamentario Cuestión Malvinas, Honorable Cámara de Diputados de la Nación).
- Sánchez, Gonzalo 2012 *Malvinas. Los vuelos secretos* (Buenos Aires: Planeta).
- Sánchez, Hugo 2012 *Brilla tú, borracho loco* (Buenos Aires: Garrincha Club).
- Soriano, Osvaldo 2008 (1986) *A sus plantas rendido un león* (Buenos Aires: Seix Barral).
- Terzano, Daniel 1985 *5000 adioses a Puerto Argentino* (Buenos Aires: Galerna).
- Túrolo, Carlos 1982 *Así lucharon* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Vaccarino, Franco 2012 *Nunca estuve en la guerra* (Buenos Aires: Atlántida).

- Vezzetti, Hugo 2009 “El testimonio en la formación de la memoria social” en Vallina, Cecilia (ed.) *Crítica del testimonio* (Rosario: Beatriz Viterbo).
- Vieytes, Raúl 1999 *Kelper* (Buenos Aires: Aguilar).
- Vitullo, Julieta 2012 *Islas imaginadas* (Buenos Aires: Corregidor).
- Warley, Jorge (comp.) 2007 *La guerra de Malvinas* (Buenos Aires: Corregidor).
- Yupanqui, Atahualpa 1983 (1971) “La hermanita perdida” en Müller, Agueda (selec.) *Nuestros poetas y las Malvinas* (Buenos Aires: Corregidor).

Fuentes filmicas

- Desobediencia debida* (2010). Dir.: Victoria Reale.
- El héroe del Monte Dos Hermanas* (2011). Dir.: Rodrigo Vila.
- Fuckland* (2000). Dir.: José Luis Marqués.
- Iluminados por el fuego* (2005). Dir.: Tristán Bauer.
- La mirada invisible* (2010). Dir.: Diego Lerman.
- Los chicos de la guerra* (1984). Dir.: Bebe Kamin.